

PAU HERNÁNDEZ DELGADO

Gazsi, el filósofo
que anunció el Posfascismo

Una selección de textos de Gáspár Miklós Tamás (1948-2023)
sobre la crisis de la democracia y la expansión
ultraderechista en el siglo XXI



Monografías *Tiempo Devorado*, 3



Gazi, el filósofo que anunció el Posfascismo. Una selección de textos de Gáspár Miklós Tamás (1948-2023) sobre la crisis de la democracia y la extensión ultraderechista en el siglo XXI.

Monografías de Tiempo Devorado, 3

Diciembre de 2025

© Pau Hernández Delgado

© de las imágenes, de los autores



Dirección y producción editorial

Grup de Recerca d'Història Actual
Universitat Autònoma de Barcelona
Departament d'Història Moderna i Contemporània
Edifici B
08193 Bellaterra (Cerdanyola del Vallès)

Esta obra es de uso libre, sometida a las condiciones de la licencia pública de Creative Commons Atribución. Usted debe dar crédito de la autoría de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

Sumario

1. Introducción. El mundo después del Covid-19	3
2. Gáspár Miklós Tamás (1948-2023). Una biografía heterodoxa.....	6
3. El posfascismo. Un concepto «explosivo» para el mundo actual	8
<i>On Post-fascism (2000)</i>	10
Una primera aproximación. Identificando las causas históricas	13
<i>What is Post-fascism? (2001)</i> . Ampliando el marco conceptual: la «gobernanza post-fascista»	18
Entre el neoliberalismo y la destrucción del estado del bienestar. Textos y fragmentos sobre un «sistema del miedo» (2011-2018).....	21
4. Hacia la izquierda. La transición a la democracia en el Este y la batalla del neoliberalismo global	31
Del comunismo al nacionalismo (y al capitalismo). Reflexiones históricas sobre cuarenta años soviéticos	32
La desaparición del proletariado, hecho histórico de la Posguerra Fría	37
Las clases medias buscan un estado del bienestar chauvinista. La Gran Recesión (2008) y la vindicación del posfascismo.....	39
5. La crisis del estado-nación. El «etnoanarquismo» y la desaparición del nacionalismo de antaño	49
6. Conclusiones: ¿el fin del bien común?	56
Obras, entrevistas y textos citados de Gáspár Miklós Tamás	59
Bibliografía	60

1. Introducción. El mundo después del Covid-19

La ultraderecha continúa aumentando el tamaño de sus filas en un presente que ha confirmado su permanencia en la mayoría de escenarios políticos del mundo, incluidas las relaciones internacionales, como uno de los protagonistas indispensables de las primeras décadas del siglo XXI. El ciclo histórico que arrancó con el punto de inflexión de la crisis financiera de 2008 sigue extendiéndose en pleno 2025, sin perspectivas de retroceso y con múltiples gobiernos bajo su liderazgo. Con los tiempos que corren en la actualidad, el autor de este pequeño monográfico busca centrar sus esfuerzos en encontrar más causas históricas de la *normalización* de las perspectivas antidemocráticas entre los ciudadanos y los políticos (tal y como han hecho la mayoría de historiadores, tratando de buscar los porqués a un supuesto retorno que ha sido, entre otras cosas, el triunfo de una opción que va más allá de la derrota de los fascismos y de los neofascismos, indistintamente de su orientación política). Esta urgencia sigue siendo, a día de hoy, un motor historiográfico impulsado por los hechos y contextos históricos del mundo iniciados tras la pandemia del Covid-19, que marcó un claro punto de no retorno desde 2019, tanto económico como político.

En primer lugar, con un auténtico rearme del mundo gracias a la guerra de Ucrania en 2022, que ha conseguido instalar un belicismo de alta intensidad totalmente inesperado incluso en las entrañas del Parlamento Europeo. Desde entonces, los líderes democráticos, aupados por la presidencia de Joe Biden, han pedido la remilitarización de las sociedades junto con un aumento del gasto militar buscando consolidar un nuevo sentido a la OTAN. Un rearme que en 2025 se materializaba como un objetivo de la misma Unión Europea (sin ningún tipo de plebiscito ciudadano), denominado como *ReArm Europe Plan/Readiness 2030*, un plan ambicioso de 800 billones de euros que pesará sobre la ya elevada deuda europea bajo la idea de la «flexibilidad fiscal nacional». Una defensa del gasto que incluso ha sido realizada por parte de las mujeres líderes que hacen gala del «feminacionalismo», pues incluso la llamada *mili* (el servicio militar obligatorio), ha vuelto a los Países Escandinavos de la mano de las primeras ministras de Suecia y Finlandia¹. Incluso en Alemania en su vertiente voluntaria. También con la presencia de actores armados no estatales al mando de Empresas Militares y de Seguridad Privada como *Wagner*, bajo el defenestrado Eugeni Prigozin, o la antigua *Blackwater* en las guerras de Oriente Medio (ahora bajo la égida de *Constellis Holdings*, una auténtica corporación de diversas empresas de seguridad), que han servido para dar alas a la privatización de la guerra y, en su justa medida, a un nuevo tipo de neofascismo armado corporativo².

¹ Véase la siguiente documentación de la UE: “ReArm Europe Plan/Readiness 2030”, *European Parliamentary Research Service*, abril de 2025. Así como el capítulo 7 de Todd, Emmanuel (2024).

² Sobre Wagner existe una abundante bibliografía vinculada al periodismo. Véase, por ejemplo, Margolin, Jack (2024).

En segundo lugar, la segunda victoria política de Donald Trump en las elecciones generales de los EE.UU. en 2024, que ha convertido a la primera superpotencia del mundo democrático en un catalizador global para envalentonar a toda la ultraderecha, desde la rusa más heterodoxa, como Aleksandr Dugin (que ha considerado a Trump como una especie de rey de una «Revolución Conservadora» antiliberal y oscura mundial), hasta magnates tecnológicos como Elon Musk, que se animó incluso con el saludo romano mientras prometía, similar al estilo de Javier Milei, el fin del *Usaid*, el mayor donante de ayuda humanitaria del mundo, y el despido de funcionarios locales bajo el imperio de la eficacia neoliberal³.

Todo ello acompañado por el infame Genocidio de Palestina, que se ha utilizado como macabro ejemplo sobre cómo resolver la inmigración masiva e ilegal: con la política de eliminación de civiles a bombardeos indiscriminados a cambio de construir, sobre las ruinas de Gaza, resorts turísticos (en un vídeo generado por IA que hasta el mismo Trump compartió donde se exponía, con el título *What's Next*, el futuro turístico de la zona); con la persecución de la población inmigrante y el definitivo fin del sueño americano en EE.UU., que incluso se quiso materializar con la construcción de un centro de concentración de migrantes rodeado de caimanes, el *Alligator Alcatraz* (finalmente frenado a los meses de su apertura por activistas ambientalistas y promminorías); y el uso del ejército, como la Guardia Nacional, para luchar contra la delincuencia⁴. De esta forma, las tendencias previas hacia el cierre de fronteras y las soluciones populistas de la mano dura se han normalizado, como si ya no sorprendiesen a nadie y fuesen las normales en una democracia.

Aunque algunas de estas expresiones sean claramente fascistas e identificables, otras no son tan evidentes, pasando a ser la norma bajo actitudes afables o corrientes. Eso ha sido el resultado de un proceso histórico de larga duración hacia la crisis de las democracias liberales abierto desde el inicio de la globalización en 1991. Para resolver esta cuestión, y como tema exclusivo de esta monografía, se presenta a un autor quizás desconocido para el público español, aunque su trabajo haya sido traducido a múltiples lenguas: el filósofo húngaro Gáspár Miklós Tamás (1948-2023).

El autor, como se tratará de expresar a través de la presentación de fragmentos de sus obras y textos, busca descubrir al lector unas explicaciones históricas de extremada utilidad para detectar cuándo los líderes democráticos están utilizando las soluciones pertenecientes a la ultraderecha sin que aparentemente sea así bajo

³ “Elon Musk anuncia el cierre de Usaid, el mayor donante de ayuda humanitaria del mundo: “Es un balón de gusanos. Hay que deshacerse de todo””, *El mundo*, 3 de febrero de 2025. Para un análisis reciente sobre la ideología de Musk, entre el solucionismo tecnológico y el neoliberalismo antidemocrático, véase Cuenca, Arsenio y Caro, Jaime (2024).

⁴ Fernández, Abel (2025), “Trump visita Alligator Alcatraz, el centro de detención para migrantes en Florida rodeado de caimanes: “Por si se escapan””, *El País*, 1 de julio. Y, del mismo autor, “En el corazón de los Miccosukee, la tribu indígena que logró el cierre de Alligator Alcatraz”, *El País*, 23 de agosto 2025.

el término de «posfascismo», buscando las causas históricas de la deriva ultra en los contextos de la Posguerra Fría. Unos trabajos importantes para entender, como se verá, la pérdida del valor de la vida humana, alzándose como una voz clarividente destinada a detectar los elementos de la vida política actual más cercanos a lo que fue, en su época, el fascismo, y que no son usados por los ultras en exclusividad, sino que es una «fiebre» sufrida por todo el mundo.

En pocas palabras, este es un monográfico que busca aportar algunas explicaciones sobre las claves históricas que puedan contribuir con éxito a detectar los acontecimientos y actitudes que han ayudado a normalizar a la ultraderecha en el siglo XXI, orientando al lector a conocer mejor los discursos antidemocráticos que resuenan diariamente en el mundo. A hacer más visible el veneno que se extiende por el mundo a aquellos que no quieran vestir unas «gafas de madera» ante la disolución de las democracias, adquiriendo una perspectiva más nítida y clara del alcance ultra.

Santa Coloma de Gramenet, 28 de agosto 2025

2. Gáspár Miklós Tamás (1948-2023). Una biografía heterodoxa

Nació el 28 de noviembre de 1948 en la ciudad rumana de Cluj, conocida como Kolozsvár para los húngaros, en Transilvania. Sus orígenes estuvieron relacionados con la minoría húngara en la Rumanía de Ceaușescu, pues la ciudad había pasado a manos de Rumanía en 1920 con el Tratado de Trianón, luego devuelta a Hungría por Hitler en 1940 y reincorporada en 1944 a la Rumanía comunista. Su familia estuvo marcada por la persecución y la represión política. Sus padres eran comunistas disidentes del régimen, desilusionados con la estalinización. El padre fue un escritor húngaro cuya familia era de la pequeña nobleza. Su madre era judía, perseguida con dureza por el nazismo y superviviente del Holocausto. Ambos padecieron la represión del régimen de Ceaușescu, cada vez más nacionalista y duro con las minorías del país, a pesar de ser comunistas. Esta sensibilidad por las minorías acompañó para siempre la vida de Tamás, de corriente internacionalista.

Recibió una educación clásica bajo el comunismo. Tamás se graduó en 1972 en la Universidad de Babes-Bolyai como estudiante de la filosofía y la cultura clásica. En 1978, tanto por motivos políticos como personales, y cansado de ser una minoría en Rumanía, se marcha hacia Hungría, donde se unió a la disidencia democrática y liberal del momento, más tarde denominada como oposición democrática. Trabajó en la Universidad de Budapest. Estuvo en la lista negra de los opositores del régimen de Janos Kadar, pues empezó a ser conocido como un intelectual disidente bajo las publicaciones en forma de *samisdat*.

Como resultado de su militancia, entre 1990 y 1994 fue elegido como parlamentario por el partido Alianza de los Demócratas Libres (SZDSZ). No duró otro mandato, y tras este periodo político desilusionante encaminó su vida a la denuncia de lo que llamará como post-fascismo (2000), acercándose a la izquierda marxista y conformando, de esta forma, un periplo ideológico heterodoxo entre la disidencia anticomunista y su adhesión a las izquierdas del siglo XXI. Acabó dando clases en las universidades de Oxford, Columbia, Chicago, Yale y Georgetown, así como profesor visitante en París, Viena, Washington y Berlín. Era políglota, pues hablaba múltiples lenguas, incluidas el alemán, el francés y el inglés.

En sus últimos años fue de los pocos intelectuales húngaros en defender a los pueblos del Kurdistán, Siria y Palestina, ayudando también a las víctimas y objetivos de la extrema derecha, como las comunidades gitanas y judías, los refugiados, las personas transgénero, homosexuales y discapacitadas. Fue cercano a la fundación *OpenDemocracy*, financiada por Georges Soros, así como del partido de los Verdes en Hungría. En 2021 publicó su obra *Antitézis*, una compilación de sus obras en húngaro.

Murió en Budapest el 15 de enero de 2023 a la edad de 74 tras padecer una larga enfermedad cancerígena en la cama de un hospital. Su fama fue reconocida hasta por Viktor Orbán, que lo acuñó como un «viejo luchador de la libertad», y sus obras han sido traducidas en múltiples lenguas. Siempre mantuvo una vida austera rodeado de libros y es considerado por sus seguidores como un “profeta”⁵.

⁵ Tamás, G. M. (2013), “Palabras desde Budapest”, *New Left Review*, 80, segunda época, mayo-junio. Jäger, Anton (2023), “The prophet of post-fascism”, *The New Statesman*, 17 de enero. Frenyó, Anna (2023), “In memoriam Gáspár Miklós Tamás, aka TGM, the harshest oppositional voice respected even by Orbán”, *Heinrich Böll Stiftung*, 6 de febrero. Zsurzsán, Anita (2023), “G. M. Tamás Wasn’t “Hungary’s Last Marxist””, *Jacobin*, 23 de febrero.

3. El posfascismo. Un concepto «explosivo» para el mundo actual

En medio del ascenso político ultra, el uso del término fascismo también se ha extendido durante la última década por todos los debates, tertulias y programas de televisión como un adjetivo de moda para describir, de forma extensiva y genérica, tanto a los contrincantes políticos como a las formaciones ultraderechistas mayoritarias. Esta situación ha generado un debate historiográfico sobre las continuidades respecto a la experiencia de los fascismos y sobre la efectividad de su empleo, lo que ha separado al campo en detractores (que niegan su uso rotundamente, explicitando la novedad de las formaciones actuales), y los que se resisten a desecharlo. En este sentido, es evidente que existe una inflación de su uso, y en cierta medida desde las ciencias sociales se evita para analizar las novedades del presente, incluso se recomienda emplear otros conceptos, como una especie de alergia que parte de un punto de partida indispensable: que los ultras del presente y las condiciones históricas de su auge no son las del pasado. No obstante, existe otra corriente de investigación que se niega a renunciar a su uso, tratando de precisar su empleo para el mundo surgido tras 1991. Tal y como enunciaba el profesor Ferran Gallego, el exceso de prudencia a la hora de llamar a las cosas por su nombre es un error, peor que el exceso léxico⁶.

8

En el siglo XXI se ha vivido un repunte de los estudios dedicados a la ultraderecha. Concretamente, los historiadores siguen estudiando el término para más allá de 1945 bajo el concepto de neofascismo, y durante el siglo XXI se ha producido un incremento en las publicaciones sobre el mismo tema (especialmente, bajo un prisma más cultural y dinámico, menos centrado en tipologías estáticas y más en procesos y dinámicas transnacionales). Por lo tanto, al menos para el periodo comprendido entre 1945 y 1991 el término sigue activo como un movimiento político anticomunista relevado generacionalmente, con razón de existencia hasta el fin de la URSS⁷.

Tamás se circunscribiría en esta última categorización, pero va más allá. El autor nada a contracorriente y sostiene el uso del término con un prefijo esencial: el *post-fascismo*, un término sin tradición académica detrás y muy poco trabajado, pionero, y cuyo uso está restringido al periodo surgido tras la Guerra Fría por la utilidad al retener las continuidades, es decir, que supera la etapa de la historia neofascista⁸. En general, se trata de un concepto que señala una transición

⁶ Gallego, Ferran (2003): p. 71.

⁷ Por ejemplo, véase Del Hierro, Pablo (2023); Albanese, Mateo (2023); o Rodríguez, José Luis (2024).

⁸ En paralelo al cuerpo teórico de Tamás, otros autores han empleado el término. En las ciencias sociales, uno de sus primeros usos tuvo que ver, específicamente, con la refundación del partido neofascista MSI en Italia hacia Alianza Nacional en 1994, como una forma de describir el paso a

inacabada hacia un estadio antidemocrático que aún no ha llegado partiendo de un presente neoliberal desconocido a los fascismos de entreguerras, centrándose específicamente en la aceptación de la democracia por parte de la extrema derecha como tablero inamovible (y, por lo tanto, empleando una apariencia adaptada al sistema democrático, presentando sus opciones con un manto de mayor legitimidad). Si el neofascismo era antisistema, el posfascismo forma parte del sistema liberal.

Tamás, estudioso de otra disciplina y ducho en otros campos de trabajo (así que se agradece, en parte, que no provenga de la historiografía), realiza una aproximación única y especial que se beneficia de la transversalidad de su pensamiento. Su visión teórica se centra en la denuncia de la crisis de los fundamentos morales y filosóficos de la violencia fascista, siempre de carácter específico, y esa inversión de todos aquellos principios democráticos nacidos en 1789 al centrar su atención en las minorías (de las que él había formado parte), trazando un hilo de continuidad entre los regímenes autoritarios del pasado y las democracias neoliberales del presente.

Más que un concepto rígido, lo que construyó Tamás es un marco conceptual sobre el que navegar y descubrir los elementos antidemocráticos más allá de la ultraderecha, pues una de las claves del posfascismo, como se verá, es que su aplicación supera a la propia ultraderecha, permeando a los líderes democráticos y a la izquierda en todo el mundo. Esta amplitud permite comprender mejor las continuidades con el pasado y las nuevas formas que puede adoptar este fenómeno bajo una terminología llamativa centrándose en la forma de operar. De hecho, el valor de su teorización reside en que es capaz de demostrar que, más allá de buscar fascistas o al fascismo mediante una imagen heredada del pasado, de lo que se trata en el siglo XXI es detectar cómo se presenta de nuevo bajo otras fórmulas generacionales e históricas, incluso para atraer a los jóvenes bajo un prisma atractivo, una premisa que es, en realidad, uno de los motores de arranque de la historiografía actual (o, en palabras de Enzo Traverso, de las «nuevas caras de la derecha»)⁹.

Porque, en pocas palabras, Tamás no solo se centra en los elementos novedosos del mundo actual, sino que traza una línea continua entre la crisis de los valores

una ultraderecha en un mundo donde el comunismo ha sido finalmente derrotado. Véase Ignazi, Piero (1994). Por otro lado, historiográficamente se utilizó en Laqueur, Walter (1997), para describir fenómenos neofascistas, sin más recorrido. Luego, tras el ciclo abierto con Donald Trump en 2016, como parte de un fenómeno abierto distanciado del pasado. Véase: Traverso, Enzo (2018). En el marco del GReHA, Veiga, Francisco *et al.* (2019) y Veiga, Francisco (2023) [2021]. Y, recientemente, Spektorowski, Alberto (2025). También la siguiente entrevista a Enzo Traverso: Marin, Grégory (2017): “Post-fascism: a mutation still underway”, *Verso*, 13 de marzo.

⁹ Por ejemplo, la diferencia entre Jean Marie Le Pen y su hija, Marine Le Pen. Véase en Eltchaninoff, Michel (2018) [2017]. Pero, también, su capacidad de atracción a la juventud: Nurit Shabel, Paūlah (2024): “Posfascismo para adolescentes”, *Jacobin*, 27 de noviembre.

democráticos de la Ilustración, el fascismo clásico y el mundo neoliberal nacido tras 1991, con la destreza y precisión de un bisturí manejado por un cirujano que trata de extirpar un tumor cancerígeno para salvar la vida de las democracias (o al menos intentarlo). En el año 2000 publicó su primera aproximación.

On Post-fascism (2000)

La teorización de Gápár Miklós Tamás fue resultado de las transformaciones hacia un mundo capitalista globalizado de la Posguerra Fría, que llevaron al autor a denunciar un fenómeno extendido por todo el mundo que, siendo nuevo, estaba irremediabilmente unido al fascismo clásico en su manera de existir. Un fenómeno histórico que, años después, con el ciclo político abierto entre 2008 y 2016, se hizo visible en la vida política cuya descripción y aplicación supera los límites conceptuales más ortodoxos de los intelectuales europeos. La amplitud y clarividencia de su discurso radica en su aplicabilidad en las fuerzas que normalmente concebimos como democráticas, señalando su extensión en identidades aparentemente inofensivas, cotidianas. Como resultado de los años noventa, ya en el año 2000 Tamás lanzaría su definición más exitosa para explicar el auge de la nueva ultraderecha a escala mundial con rotundidad, con el peso de los fundamentos de la historia contemporánea en sus manos. Según Tamás:

«El fenómeno que llamaré post-fascismo no es exclusivo de Europa Central. Ni mucho menos. Sin duda, Alemania, Austria y Hungría son importantes, por razones históricas obvias para todos; frases familiares repetidas aquí tienen ecos diferentes. Recientemente he visto que la antigua fábrica de ladrillos del tercer distrito de Budapest está siendo demolida; me han dicho que en su lugar construirán una comunidad cerrada de villas suburbanas. En la fábrica de ladrillos, los judíos de Budapest esperaban su turno para ser transportados a los campos de concentración. En Treblinka también se podrían construir casas de vacaciones. Nuestra vigilancia en esta parte del mundo es quizá más necesaria que en ningún otro lugar, ya que la inocencia, en términos históricos, no puede presumirse¹⁰.

(...) el post-fascismo es un conjunto de políticas, prácticas, rutinas e ideologías que pueden observarse en todo el mundo contemporáneo; que poco o nada tienen que ver, salvo en Europa Central, con el legado del nazismo; que no son totalitarias; que no son en absoluto revolucionarias; y que no se basan en movimientos de masas violentos ni en filosofías voluntaristas e irracionistas, ni juegan, ni siquiera en broma, con el anticapitalismo»¹¹.

Acto seguido especifica el carácter histórico de este fenómeno destacando su continuidad con el fascismo clásico y el presente:

¹⁰ Tamás, G. M. (2000), "On Post-Fascism", *Boston Review*, 1 de junio.

¹¹ *Ibid.*

«El post-fascismo encuentra fácilmente su nicho en el nuevo mundo del capitalismo global sin alterar las formas políticas dominantes de democracia electoral y gobierno representativo. Hace lo que considero fundamental para todas las variedades de fascismo, incluida la versión post-totalitaria. Sin Führer, sin régimen de partido único, sin SA ni SS, el post-fascismo *invierte la tendencia de la Ilustración a asimilar la ciudadanía a la condición humana*»¹².

Lo que caracteriza a Tamás es la profundidad de su análisis, pues la clave post-fascista reside en el concepto de ciudadanía y la consideración de lo ajeno como no-humanos. Para este:

«Para los liberales, socialdemócratas y otros herederos progresistas de la Ilustración, el progreso significaba la ciudadanía universal-es decir, una igualdad virtual de condición política, una voz virtualmente igual para todos en los asuntos comunes de cualquier comunidad- junto con una condición social y un modelo de racionalidad que lo hicieran posible.

El fascismo ofreció la respuesta más decidida al colapso de la Ilustración, especialmente del socialismo democrático y de la reforma social progresista. El fascismo, en conjunto, no fue conservador, incluso aunque fuese contrarrevolucionario: no restableció la aristocracia hereditaria ni la monarquía, a pesar de cierta verborrea romántico-reaccionaria. Pero fue capaz de deshacer la noción clave regulativa (o liminal) de la sociedad moderna, la de ciudadanía universal (...) El fascismo puso fin a estas vacilaciones (...)

Esta hostilidad a la ciudadanía universal es, en mi opinión, la principal característica del fascismo. Y el rechazo incluso de un universalismo moderado es lo que ahora vemos repetirse bajo circunstancias democráticas (ni siquiera digo bajo un disfraz democrático). El fascismo post-totalitario está prosperando bajo el amplio caparazón del capitalismo global, y deberíamos decir las cosas como son»¹³.

De nuevo, para encontrar lo que continúa siendo fascismo en el presente sitúa el análisis en las víctimas del mismo (lo que tiene que ver con su propia biografía familiar y su experiencia como minoría perseguida). Como novedad de la conceptualización de Tamás, el post-fascismo está vinculado directamente con la irrupción del mundo globalizado tras 1991 y, lo que lo convierte en algo explosivo, es que adquiere mayor significado cuando expone que el post-fascismo se

¹² *Ibid.* Al respecto, uno de los padres intelectuales del neofascismo francés, Maurice Bardèche (1907-1998), escribió en 1961 lo siguiente sobre la persistencia del fascismo tras 1945: «El partido único, los métodos policiales, el cesarismo publicitario, la presencia misma de un führer no son necesariamente atributos del fascismo». Véase en Bardèche, Maurice (1961): p. 181. La conceptualización del profesor Tamás encajaría con los argumentos más proféticos de Bardèche que anunciaban la renovación del fascismo bajo otras formas e identidades, lo que otorga más valor teórico a su exposición.

¹³ *Ibid.*

encuentra tanto a la izquierda como a la derecha, tanto en las democracias más abiertas como en las más autoritarias, (incluso abordando los conflictos regionales, que identifica, por ejemplo, con Cataluña y Andalucía), como un hecho histórico normalizado por todos lados. De esta forma, lo que el fascismo justificaba para eliminar a sus enemigos se sostiene increíblemente en el presente por los gobiernos democráticos para cualquier minoría molesta. Y, además, que no se percibe adecuadamente al demonizar a quienes lo abanderan sin una comprensión mayor del fenómeno. Explícitamente:

«Así pues, en todas partes, desde Lituania hasta California, las minorías inmigrantes e incluso autóctonas se han convertido en el enemigo y se espera que soporten la disminución y suspensión de sus derechos cívicos y humanos. La propensión de la Unión Europea a debilitar el Estado-nación y reforzar el regionalismo (que, por extensión, podría apuntalar el poder del centro en Bruselas y Estrasburgo) consigue etnicizar la rivalidad y la desigualdad territorial (véase Norte contra Sur de Italia, Cataluña contra Andalucía, sureste inglés contra Escocia, Bélgica flamenca contra Bélgica valona, Bretaña contra Normandía).

(...) El fascismo, habiendo puesto fin a la realización burguesa de la Ilustración (es decir, a la democracia capitalista igualitaria), transforma la exclusión social de los improductivos (desde ermitaños y poetas vaticanos hasta indigentes sin empleo y rebeldes indomables) en su exclusión natural (es decir, arresto extralegal, hambre y muerte).

Nuestra crítica moralista, por muy justificada que esté, impide habitualmente la comprensión del atractivo del fenómeno, y conduce a un desprecio simplista de los racistas, agitadores y demagogos bárbaros e ilusos, y a una ignorancia poco democrática de los pueblos, los miedos y los deseos...»¹⁴.

Pero Tamás va más allá en su exposición. Desde la filosofía política, argumenta claves que ayudan a comprender todavía más esa continuidad con el fascismo clásico del fenómeno post-fascista, centrándose en esa desaparición del concepto ciudadanía como línea conductora. El autor vincula este fenómeno a causas históricas más profundas, con la crisis y destrucción de los fundamentos esenciales de las democracias liberales:

«Antes del fascismo, amigo y ciudadano, enemigo y extranjero, eran nociones coincidentes; ningún gobierno pensaba sistemáticamente en declarar la guerra a los habitantes de la tierra, que eran miembros (aunque desiguales) de la nación: la guerra civil se equiparaba a la ausencia de un gobierno legalmente constituido y efectivo. La guerra civil desde arriba, lanzada en tiempos de paz, o al menos en circunstancias definitivamente no revolucionarias, vuelve la soberanía contra el soberano del súbdito. El arma principal de esta metódica guerra civil, en la que el

¹⁴ *Ibid.*

Estado como tal es una de las partes beligerantes, es la continua redefinición de la ciudadanía por parte del Estado Prerrogativo.

Y desde entonces, gracias a la Ilustración, ciudadanía (pertenencia a la comunidad política), nacionalidad y humanidad se habían fusionado sintéticamente, ser expulsado de la ciudadanía significaba, literalmente, la exclusión de la humanidad.

(...) El genocidio fascista o nazi no fue precedido por una condena legal (ni siquiera en la forma atrofiada y fraudulenta de los llamados veredictos administrativos de los «tribunales» de la Cheka): fue la «naturalización» de un juicio moral que consideraba inferiores algunos tipos de condición humana. Y puesto que no había protección fuera de la ciudadanía, la falta de ciudadanía se había convertido en la causa del cese de la condición previa necesaria de la condición humana: la vida.

Partir en dos la comunidad cívica y humana: eso es el fascismo.

Por ello, la expresión, aunque desconcertante, debe ser resucitada, porque la técnica conceptual fundamental de la escisión cívica, por tanto humana, ha sido resucitada, esta vez no por un movimiento contrarrevolucionario deliberado, sino por ciertos desarrollos que, probablemente, no fueron queridos por nadie y que piden a gritos un nombre. El nombre es post-fascismo»¹⁵.

Una primera aproximación. Identificando las causas históricas

13

Tamás trató de descifrar las causas del fenómeno post-fascista, cuyos entresijos fue perfilando a lo largo de su vida mientras el fenómeno se extendía por todo el globo. Las principales las expuso ya en el año 2000 mediante unas explicaciones que servían, paralelamente, para comprender mejor el porqué del incremento de la ultraderecha a escala global como producto del “fin de la historia” y el aumento de la desigualdad política y social, es decir, de la extensión mundial de la democracia y el capitalismo tras 1991 en un mundo donde el neoliberalismo sin freno gobernaba la política.

a) El declive de la Cultura Crítica (y del anticapitalismo)

En primer lugar, uno de los motivos históricos de su irrupción fue la desaparición de una cultura alternativa real al sistema como consecuencia de una ciudadanía menos culturizada. Tamás identifica la falta de un horizonte político anticapitalista como una de las causas centrales en el desarrollo del fenómeno post-fascista al existir tan solo una vía, tal y como profetizó Margaret Thatcher con su «*there is no alternative*». Una percepción que parte, en realidad, de una

¹⁵ *Ibid.*

corriente o actitud pesimista instalada en la izquierda tras 1991, así como de unas democracias imbatibles. Como explicaba el filósofo:

«Tras el colapso del bloque soviético en 1989, la sociedad contemporánea experimentó un cambio fundamental. La sociedad burguesa, la democracia liberal, el capitalismo democrático-llámese como se quiera- siempre ha sido un asunto controvertido; a diferencia de los regímenes anteriores, desarrolló una cultura del adversario y se enfrentó permanentemente a fuertes competidores de la derecha (la alianza del trono y el altar) y de la izquierda (el socialismo revolucionario). Ambos han quedado obsoletos, y esto ha creado una grave crisis en la cultura del modernismo tardío. La mera idea de cambio radical (utopía y crítica) ha desaparecido del vocabulario retórico, y el horizonte político se llena ahora con lo que hay, con lo que está dado, que es el capitalismo.

(...) Antes de 1989, se podía dar por sentado que la cultura política del capitalismo liberal-democrático-constitucional era una cultura crítica, la mayoría de las veces en conflicto con el sistema que, a veces con mala gracia y a regañadientes, la sostenía. La cultura apologética era para antiguos imperios y dictaduras antiliberales. Ahora abunda la desesperanza. Pero sin una utopía a veces sólo implícita como puntal, la desesperación no parece funcionar. ¿Qué sentido tiene el anticapitalismo teórico, si el anticapitalismo político no puede tomarse en serio?»¹⁶.

Y sigue ahondando en las claves del fascismo, definiéndolo políticamente y exponiendo por qué en el año 2000 es posible que reaparezca gracias a las disfunciones de un capitalismo globalizado:

«Como ha señalado uno de los más grandes y sensatos maestros de la sociología política del siglo XX, Seymour Martin Lipset, el fascismo es el extremismo del centro. El fascismo tenía muy poco que ver con las ideas *passéistes* feudales, aristocráticas y monárquicas, era en general anticlerical, se oponía al comunismo y a la revolución socialista y, al igual que los liberales cuyo electorado había heredado, odiaba a las grandes empresas, los sindicatos y el Estado de bienestar social. Lipset había demostrado clásicamente que los extremismos de izquierda y derecha no eran en absoluto excluyentes: algunas actitudes pequeñoburguesas que sospechaban de las grandes empresas y el gran gobierno podían prolongarse, y se prolongaron, en un extremismo que resultó letal. Los extremismos de derecha y de centro se combinaron en el parafascismo húngaro, austriaco, croata y eslovaco (he tomado prestado este término de Roger Griffin) de tinte pseudocristiano, clericalista y monárquico, pero el extremismo de centro existe y existió, demostrado por Lipset también a través de las continuidades en la geografía electoral.

Hoy no hay nada de importancia en el horizonte político que no sea el centro burgués, por lo que su extremismo es lo más probable que reaparezca (Jörg Haider y su Partido de la Libertad son el mejor ejemplo de ello. Partes de su discurso son

¹⁶ *Ibid.*

libertarias/neoliberales, su ideal es el pequeño propietario, está muy a favor de una «democracia» pequeñoburguesa accionarial y propietaria de viviendas, y está bastante libre de nacionalismo romántico-reaccionario como algo distinto del egoísmo parroquial y el racismo)»¹⁷.

Gracias a Tamás, el post-fascismo adquiere la forma de un nuevo extremismo como producto del neoliberalismo, presentando la novedad actual de una lógica ya existente en entreguerras.

b) Estados en descomposición (y la ciudadanía como privilegio)

En segundo lugar, y quizás como una de las explicaciones históricas más profundas de Tamás, la irrupción de las dinámicas post-fascistas se debe a una de las claves históricas del mundo de la Posguerra Fría, la crisis de los estados-nación y, como consecuencia directa, del concepto de ciudadanía, que el filósofo acabó considerando como un privilegio en las sociedades de inicios del siglo XXI:

«El fin de los imperios coloniales en la década de 1960 y el fin de los sistemas estalinistas (“socialistas de Estado”, “capitalistas de Estado”, “colectivistas burocráticos”) en la década de 1990 ha desencadenado un proceso nunca visto desde las invasiones mongolas en el siglo XIII: un colapso general y aparentemente irreversible del Estado establecido como tal (...)

La ciudadanía en un Estado-nación funcional es el único billete de comida seguro en el mundo contemporáneo. Pero esa ciudadanía es ahora un privilegio de muy pocos. La asimilación ilustrada de la ciudadanía a la condición política necesaria y «natural» de todos los seres humanos se ha invertido. Antaño, la ciudadanía era un privilegio dentro de las naciones. Ahora es un privilegio para la mayoría de las personas en algunas naciones. La ciudadanía es hoy el privilegio muy excepcional de los habitantes de florecientes Estados-nación capitalistas, mientras que la mayoría de la población mundial no puede ni siquiera empezar a aspirar a la condición cívica, y además ha perdido la relativa seguridad de la protección preestatal (tribu, parentesco)»¹⁸.

A efectos históricos, el post-fascismo no puede entenderse sin la dinámica amigo-enemigo preconizada ya por el jurista Carl Schmitt que actuaba como mecanismo de señalamiento para el fascismo, esta vez señalando a la inmigración como enemigo principal de las sociedades democráticas y, por ende, excluido de la ciudadanía y su protección:

«(...) El post-fascismo no necesita meter a los no ciudadanos en trenes de mercancías que los lleven a la muerte; en su lugar, sólo necesita impedir que los nuevos no ciudadanos suban a cualquier tren que pudiera llevarlos al feliz mundo de los cubos de basura desbordados que podrían alimentarlos. Los movimientos

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

post-fascistas en todas partes, pero especialmente en Europa, son movimientos antiinmigración, basados en la visión «homogénea» del mundo de la utilidad productiva. No se limitan a proteger los privilegios raciales y de clase dentro del Estado-nación (aunque también lo hacen), sino que protegen la ciudadanía universal dentro del Estado-nación rico frente a la ciudadanía virtualmente universal de todos los seres humanos, independientemente de su geografía, lengua, raza, confesión y costumbres. La noción actual de «derechos humanos» quizás puede defender a las personas de la anarquía de los tiranos, pero no es una defensa contra la anarquía de la ausencia de gobierno»¹⁹.

Esa disfunción de los estados se deja intuir en la destrucción del estado del bienestar por parte de la globalización y, sobre todo, en la noción de desclasamiento de la clase obrera a nivel mundial:

«En comparación, la llamada «globalización» es una empresa más bien modesta, una destrucción gradual y tímida de los Estados-nación asistencialistas *étatiste* y *dirigiste* contruidos sobre el pacto igualitario de la socialdemocracia de viejo cuño cuyo electorado (interpretado como la columna vertebral de las naciones modernas), la clase obrera del cinturón del óxido, se está desintegrando. La globalización ha liberado los flujos de capital. El capital especulativo va allí donde las inversiones parecen “racionales”, normalmente lugares donde los salarios son bajos y donde no hay sindicatos combativos ni movimientos ecologistas. Pero a diferencia del siglo XIX, el trabajo no goza de las mismas libertades. *Spiritus flat ubi vult*: el capital vuela donde quiere, pero la libre circulación de la mano de obra se ve obstaculizada por normativas nacionales cada vez más rígidas. El flujo es unidireccional; el capital puede mejorar su posición, pero el trabajo - especialmente el de baja calidad y baja intensidad en los países pobres de la periferia- no puede. Desregulación para el capital, regulación estricta para la mano de obra (...)

Sólo queda la salida, el éxodo, y es tarea del post-fascismo impedirlo»²⁰.

Dibuja, por tanto, un panorama más amplio, un mapa conceptual sobre el cual moverse y que es, precisamente, sobre el que la ultraderecha del siglo XXI moviliza sus esfuerzos, todo ello como producto de un capitalismo desatado y sin frenos: separar a la clase obrera, libre albedrío para el capital y las élites financieras. La ciudadanía no tiene razón de ser en esta separación de la comunidad, solo la facilidad del «nosotros» y los «otros» (que no serían humanos).

«El Estado neoliberal ha rescindido sus obligaciones para con las poblaciones y grupos “heterogéneos” y no productivos. Las ideas neovictorianas y pedagógicas del “*workfare*”, que declaran el desempleo implícitamente pecaminoso, la equiparación de los solicitantes de asistencia social con “enemigos del pueblo”, la sustitución de la asistencia social por créditos fiscales por los que las personas por debajo de la categoría de contribuyentes no son consideradas merecedoras de

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*

ayuda, el apoyo a los ingresos condicionado a prácticas familiares y de vivienda consideradas adecuadas por las “autoridades competentes”, la creciente racialización, etnización y sexualización de las clases bajas, la sustitución de la solidaridad social por la solidaridad étnica o racial, el reconocimiento manifiesto de la ciudadanía de segunda clase, el reconocimiento tácito del papel de la policía como fuerza de defensa racial, la sustitución de la idea de emancipación por la idea de privilegios (como la pertenencia a la Unión Europea, la OCDE o la OMC) dispensados arbitrariamente a los pobres que lo merecen, y la transformación de argumentos racionales contra la ampliación de la UE en chusmerío racista/etnicista: todo esto forma parte de la estrategia post-fascista de escisión de la comunidad cívico-humana, de una renovada concesión o denegación de la ciudadanía según criterios de raza, clase, confesión, cultura o etnia.

(...) No hay enemigo más duro del inmigrante –“trabajador invitado” o solicitante de asilo- que el lumpenproletariado obsolecente representado públicamente por el hooligan de fútbol de extrema derecha. Puede que los “patanes del lager” no sepan que lager no sólo significa un tipo de cerveza continental barata, sino también un campo de concentración. Pero el juego de palabras inconsciente es, si no simbólico, metafórico.

Nos encontramos, pues, ante un nuevo tipo de extremismo de centro. Este nuevo extremismo, que yo llamo post-fascismo, no amenaza, a diferencia de su predecesor, al régimen liberal y democrático dentro del núcleo de la “sociedad homogénea”. Dentro de la comunidad dividida en dos, la libertad, la seguridad y la prosperidad no se ven perturbadas, al menos dentro de la mayoría productiva y procreadora que en algunos países ricos engloba a casi todos los ciudadanos blancos»²¹.

Así, el post-fascismo se encontraría más allá de lo que se suele concebir, incluso preconizando casos como el de Elon Musk y el libertarismo:

«(...) Aparte del incipiente y débil (“nuevo nuevo”) radicalismo de izquierdas, tan aislado como lo estuvo el anarcosindicalismo en la segunda mitad del siglo XIX, nadie pretende representarlos. Faltan las herramientas conceptuales que antaño ofrecía el socialismo democrático y libertario; y los libertarios son hoy extremistas burgueses militantes de centro, ciberpunks ultracapitalistas hostiles a cualquier idea de solidaridad más allá del fluxus del mercado global»²².

Y sentencia:

«El post-fascismo no necesita tropas de asalto ni dictadores. Es perfectamente compatible con una democracia liberal anti-Ilustración que rehabilita la ciudadanía como una concesión del soberano en lugar de un derecho humano universal. Confieso que le doy aquí un nombre grosero para llamar la atención sobre su flagrante injusticia. El post-fascismo es históricamente continuista con su

²¹ *Ibid.*

²² *Ibid.*

horrendo predecesor solo en parches. Ciertamente, el antisemitismo de Europa Central y Oriental no ha cambiado mucho, pero apenas es central. Dado que el post-fascismo rara vez es un movimiento, sino simplemente un estado de cosas, gestionado las más de las veces por los llamados gobiernos de centro-izquierda, es difícil identificarlo intuitivamente. Los post-fascistas no suelen hablar de obediencia total y pureza racial, sino de la superautopista de la información.

(...) Las respuestas multiculturalistas son confesiones desesperadas de impotencia: una aceptación de la etnización de la esfera cívica, pero con un giro humanista y benévolo. Son concesiones a la derrota, intentos de humanizar lo inhumano. El post-fascismo había elegido el campo, y los liberales intentan combatirlo en su terreno favorito, la etnicidad. Se trata de una posición enormemente desventajosa. Sin nuevas formas de abordar el problema del capitalismo global, la batalla estará perdida con toda seguridad»²³.

What is Post-fascism? (2001). Ampliando el marco conceptual: la «gobernanza post-fascista»

Tamás continuó ampliando su definición poco tiempo después. Esta vez, desde *openDemocracy*, vinculado a Georges Soros, denunciando con mayor amplitud la extensión del post-fascismo en un texto que surgió en los días posteriores a los atentados de las Torres Gemelas del 11-S²⁴. Detalla mejor, por ejemplo, el carácter anti-ilustrado del fenómeno mediante autores que ayudaron al fascismo a partir la comunidad cívica (como el ya citado Carl Schmitt y su distinción amigo-enemigo), pero también que este alcanza nuevas posiciones partiendo siempre desde el sistema democrático, y no desde una dictadura o desde un determinado partido de ultraderecha:

«Con el término “fascismo” me refiero a la ruptura con la tradición ilustrada de la ciudadanía como derecho universal, es decir, con la asimilación de la condición cívica a la condición humana.

(...) para Carl Schmitt, teórico jurídico del fascismo y teólogo político del Tercer Reich, quienes detentan el poder deben juzgar quién pertenece y quién no a una determinada comunidad cívica. La ciudadanía se convirtió en una función limitada a su (o su) decreto mordaz. Ciertas categorías de personas, que representaban tipos cruciales para el proyecto ilustrado de inclusión, se convirtieron en no ciudadanos y, por tanto, en no humanos: los comunistas, el “tipo inferior” rebelde, las masas traídas, sin líder ni timón, por el universalismo desarraigado, y que luego se alzaron contra la jerarquía natural; los judíos, una comunidad que sobrevivió a la Edad Media cristiana sin poder político propio, dirigida por una autoridad esencialmente no coercitiva, el pueblo del Libro, por definición no un pueblo de

²³ *Ibid.*

²⁴ Tamás, G. M. (2001), “What is Post-fascism?”, *openDemocracy*, 13 de septiembre.

guerra; los homosexuales, que por su incapacidad o su falta de voluntad de procrear, legan y continúan una refutación viviente del supuesto vínculo entre naturaleza e historia; los enfermos mentales, que escuchan voces no escuchadas por el resto de nosotros en otras palabras, personas cuyo reconocimiento necesita un esfuerzo moral y no se da inmediatamente (“naturalmente”), que sólo pueden encajar promulgando una igualdad de los desiguales. Usted responderá sin duda que el proyecto de inclusión de la Ilustración sigue en marcha, vivito y coleando y ampliándose de forma significativa.

(...) Sin embargo, en mi opinión, está surgiendo un argumento en contra. Un ejemplo conspicuo de ello es el número cada vez mayor de personas que no poseen ninguna ciudadanía significativa.

(...) Pero la privación de derechos afecta también a muchas otras categorías de ciudadanos en los países desarrollados donde, por ejemplo, al no ofrecerse ya alternativas políticas, la ciudadanía y la participación democrática pierden sentido. Este último es un número cada vez mayor. Basta con echar un vistazo a los datos de participación electoral en Gran Bretaña. Así que hay muchas formas de pérdida de una ciudadanía por la que se lleva luchando desde 1642»²⁵.

Lo que acabó llamando la atención fue lo que el autor consideró como la gobernanza post-fascista, un «fascismo pacífico», que formaría parte de las sociedades de inicios del siglo XXI como una realidad inmutable (y que los hechos cotidianos avalan):

«Ahora, tenemos una nueva situación. Tenemos a Guy Debord y la sociedad del espectáculo, parodiando a Hegel, afirmando que lo que aparece es todo lo verdadero y que lo verdadero es lo que aparece. Y todo el mundo da por sentado que estas dos cosas ya no son diferentes. El proyecto Blair es simplemente la versión más extrema de esto. Socialismo significa capitalismo. La justicia social significa privatización y un tipo de existencia de gran hermano. Todo significa su contrario (...)

(...) ¡Lo que quiero invocar con este término no es la afirmación de que las SS acechan de nuevo a Europa! Sino que todos los objetivos de la maquinaria totalitaria de derechas de la preguerra, llamémosles fascistas, pueden alcanzarse hoy en día y se están alcanzando mediante procesos parlamentarios y democráticos.

²⁵ *Ibid.* Carl Schmit fue querido por parte de la élite intelectual franquista (como Manuel Fraga), y fue acogido en España; su hija se casó con un profesor. Actualmente, parte de sus seguidores españoles han rehabilitado sus obras en una obra colectiva. Véase Díaz, José y Molina, Jerónimo (2022). Más adelante Tamás desarrolló mejor esta vinculación del nazismo y el post-fascismo: la ley se aplicaba a todas las personas a las que llegaba el Estado, pero no todas eran consideradas humanas y, las que no, eran excluidas de todo, incluido el poder. Véase en Tamás, G. M. (2011), *Innocent Power / Die unschuldige Macht*, Hatje Cantz (documenta, 13): p. 9.

En los llamados países democráticos, los gobiernos pueden salirse con la suya en cosas que eran imposibles desde 1945. Por supuesto, el parlamentarismo es en gran medida una farsa.

(...) Ahora, no se puede elegir a un gobierno de cualquier tipo que realmente pueda tomar decisiones. Os daré un ejemplo de cómo funcionan estas cosas en mi propio país. El 63% de las exportaciones húngaras son procesadas por empresas extranjeras (...).

La globalización no implica ningún tipo de obligación. El capital global no construye carreteras. Así que ahora la explotación de los débiles se basa en la violencia de persona a persona. Todo es a distancia. Los gobiernos no participan.

Si en la comunidad política actual se pudiera registrar toda la magnitud de la responsabilidad por lo que el capitalismo global hace a los países débiles y pobres, la gente no lo permitiría. Pero no hay control ni información al respecto. Por eso lo considero un fascismo pacífico. Debo decir que el fascismo original y el imperialismo original eran cosas muy pueriles e infantiles. Gastaron mucho, sobre todo en lo militar. Lo que se hace ahora se hace mucho más meticulosamente, y mucho más barato para los que son meticulosos»²⁶.

Y es un sistema sin un contrapeso histórico como lo fue el socialismo durante la historia contemporánea. El post-fascismo se aprovecha de una izquierda desunida que ya no posee una red socio-cultural de alto nivel articulada ante el capitalismo -y, tampoco, una utopía en el horizonte-, que trata de atomizar a la clase obrera en individuos que solo consuman y trabajen, sin vínculos sociales duraderos. Esa falta de horizonte político se materializa en respuestas poco eficaces a los retos planteados por una sociedad neoliberal sin alternativa. Como, por ejemplo, la caracterización por parte de Tamás del multiculturalismo como una respuesta impotente, junto con la explicación de cómo funciona el post-fascismo, por ejemplo, con la inmigración árabe, clave en el desarrollo de la extensión de la ultraderecha en el siglo XXI:

«Ahora, la unidad del proyecto emancipador se aleja.

(...) El capital global, en cambio, sí tiene un proyecto global, motivado por una profunda convicción. No es completamente cínica. Se trata de una profunda creencia en la posibilidad de que los individuos humanos corten todo vínculo con sus semejantes y pongan fin a las limitaciones que nos imponen los compromisos morales y sociales para superar el mal y el sufrimiento. Es una creencia en la libertad sin la interferencia de procedimientos institucionales, lo cual, por supuesto, es una locura.

(...) Yo definiría el multiculturalismo como una sustitución a última hora de la igualdad por la ingeniería social, dejando intactas las relaciones intracomunitarias y transformando las cuestiones de igualdad social y política en problemas de

²⁶ *Ibid.* (2001).

relaciones culturales y presupuestos educativos. Es un empobrecimiento del viejo proyecto emancipador, incluida la vieja lucha por la igualdad racial. Yo mismo provengo de una minoría.

Las respuestas multiculturales son confesiones desesperadas de impotencia: una aceptación de la etnización de la esfera cívica, pero con un giro humanista y benévolo. Son concesiones a la derrota, intentos de humanizar lo inhumano.

(...) Si no puedes ser incluido en este mundo tan blando, entonces debes ser realmente malvado, y por supuesto la formación de chivos expiatorios se basa en esto, pero no como antes. Hitler luchó una guerra contra los judíos. Los post-fascistas de hoy dirán: «No lucharemos contra nadie». Pero, ¿qué haremos con los fundamentalistas islámicos? Ellos simplemente no quieren ser parte de nuestra sociedad. ¿No es triste? Estas personas no necesitan luchar en una guerra. Esa guerra la está librando por ellos la propia cultura pública.

(...) Lo que necesitamos es un equivalente social de lo que era la socialdemocracia antes del 14 de agosto de 1914, esa primera Gran Traición (la traición de Tony Blair, después de todo, es la 47ª Gran Traición de la socialdemocracia. La historia de toda socialdemocracia es una historia de traición, de traiciones). ¿Cuál era el papel social de la vieja socialdemocracia y del sindicalismo? Era construir un contrapoder y una contrasociedad. Ahora los sindicatos están desapareciendo en todo el mundo. Han sido desarmados y desmantelados. Pero hay que encontrar un equivalente social y reconstruirlo»²⁷.

21

Entre el neoliberalismo y la destrucción del estado del bienestar. Textos y fragmentos sobre un «sistema del miedo» (2011-2018)

Posteriormente, una vez publicados los textos sobre el post-fascismo, tuvo lugar el punto de inflexión histórico de la primera década de los años 2000 que daría alas a la conceptualización de Tamás: la crisis financiera del 2008, que abrió un periodo caracterizado por el triunfo ininterrumpido de la ultraderecha a escala mundial sin precedentes. Para Tamás fue una época en la que participó divulgando su teoría en múltiples campos e iniciativas, caracterizando sus últimos años de vida como una denuncia de los elementos post-fascistas que acompañaron al auge de la ultraderecha partiendo de su propio país. De hecho, en Hungría gobernaba el partido Fidesz (Federación de Jóvenes Demócratas) desde 2010 bajo el inamovible liderazgo de Viktor Orbán (que también formaba parte de la oposición anticomunista al mismo tiempo que Tamás durante los años noventa, durante su etapa parlamentaria)²⁸, iniciando ese año un control absoluto y mayoritario del país que se mantuvo a lo largo de la década bajo el color naranja de la formación.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ Lendvai, Paul (2017): p. 22.

Para entonces, Hungría se convirtió en un modelo autocrático para los partidos ultras de otros países.

Políticamente, el nuevo gobierno húngaro ya apuntaba maneras y confirmaba los peores temores del teórico: el pasado nazi se glorificaba, se instauraban unas «leyes fundamentales» al mismo tiempo que se ponía fin a la separación de poderes (que parecía una reminiscencia de los puntos programáticos de los regímenes fascistas), junto con el retorno de la concentración de poder en manos de un líder fuerte. Uno de los puntos clave donde era más tangible el autoritarismo fue en el control de los medios de comunicación con la consiguiente purga de la oposición en los mismos (y la corrupción de las élites), una situación realmente complicada para el liberalismo²⁹.

Fue esta Hungría la que hizo frente a la crisis de los refugiados en 2014, donde la realidad post-fascista se asentó en el país con los millones de desplazamientos que acaecieron hacia el corazón de Europa desde un Oriente Medio en llamas, y que Orbán, pese a no contar con una proporción elevada de migrantes, no tardó en explotar electoralmente³⁰; finalmente, el miedo a la diferencia se confirmaba al unísono del drama de las fronteras. El año 2016 vino a confirmar estas tendencias a nivel mundial: el *Brexit* y la victoria de Donald Trump inauguraron una nueva etapa política en el mundo, donde la Hungría de Orbán sirvió a modo de ejemplo a seguir.

Esta realidad confirmó al profesor Tamás sus peores teorías. Con seguridad, pudo ver cómo sus premisas se hacían realidad a caballo del auge de la ultraderecha a escala global. Por eso algunos le otorgaron, incluso, el apelativo de profeta. En esos últimos años de su vida fue precisando su crítica a las democracias liberales y los aspectos decadentes de la misma, un sistema que no posee salvación y que camina hacia su desconfiguración por la propia naturaleza de un capitalismo sin rival, que para el autor es la clave esencial del auge de la ultraderecha a nivel global. En otras palabras, que la ultraderecha encuentra su combustible en el despliegue de un capitalismo de signo neoliberal sin frenos, en que la política haya quedado subordinada a la economía.

En su visión hay un evidente pesimismo, una desilusión formada a lo largo de sus años, como ha ido explicando en sus textos, por la falta de alternativas reales a un sistema inamovible e inasumible (y que era una realidad tangible en la izquierda tras la desaparición de la utopía y el establecimiento en la melancolía, en palabras de Enzo Traverso)³¹. Hay un paralelismo evidente con las tesis del «realismo capitalista» Mark Fisher, que consideraba que el mundo es ahora un gran negocio,

²⁹ *Ibid.*: pp. 83-90, p. 101 y p. 115.

³⁰ *Ibid.*: p. 193.

³¹ Traverso, Enzo (2016).

incluida la sanidad y la educación, y que se gestiona como tal³². Sobre todo, por la desaparición de la sociedad civil y la conversión de la ciudadanía en consumidores sin ningún tipo de comportamiento crítico; el fin del mundo industrializado, el fin del proletariado, y la vuelta al antiguo régimen sin ciudadanía.

De esta forma, las teorías de Tamás permiten añadir, entre los efectos de la extensión del populismo, esas actitudes post-fascistas que transforman el igualitarismo en una doctrina elitista, en la irrupción de la denuncia del estado del bienestar y el restablecimiento de la distinción entre amigo-enemigo, ayudando de esta forma a consolidar el neoliberalismo a través de un discurso contradictorio. Permite ver, además, que la estrategia post-fascista se lleva a cabo con el enfrentamiento de la clase obrera contra las minorías, normalmente inmigrantes, definido como el retorno de la biopolítica. Desde la revista *Details*, Tamás especificaba en 2011 que:

«Una de las paradojas más importantes de la época es la transformación concomitante del igualitarismo-supuestamente un punto de vista concebido en interés de la mayoría- en una doctrina “elitista”, es decir, un punto de vista minoritario. Las victorias políticas (electorales e ideológicas) y las mayorías en las encuestas de opinión, errónea pero comprensiblemente denominadas “populistas”, se han logrado oponiéndose a la llamada legislación social (en su mayoría, diversas formas de ayuda a los necesitados), una oposición sostenida por aquellos que aparentemente se beneficiarían de lo que ahora se inclinan a rechazar. La gente, muy temerosa de la energía despiadada de la carrera global, parece estar contribuyendo voluntariamente a la demolición de su propio hogar (social y nacional).

Se trata de una transformación ideológica de gran envergadura, con consecuencias políticas y culturales muy graves, y que necesita urgentemente un análisis.

No se trata simplemente de la lucha de clases desde arriba (aunque también lo es en gran medida); también tiene en cuenta la transformación del principal conflicto estructural de la sociedad capitalista-el resultado de una poderosa “revolución pasiva”- que la hace decididamente biopolítica. Este giro biopolítico es en parte decididamente regresivo -rehabilita el origen y el estatus como base de las formaciones grupales contra las que se han combatido las revoluciones burguesas- y en parte “avanzado”, “ultramoderno”, que pretende la superación o sublimación del conflicto de clases, desplazando el centro de la contradicción social fundamental de la “propiedad” a la “condición humana”»³³.

Introduce un término esencial en su definición, el de “etnicismo”, que es lo que conduce a la asimilación del otro como ajeno a la comunidad (incluso como

³² Fisher, Mark (2016).

³³ Tamás, G. M. (2011a), “A Postscript to ‘Post-Fascism’. Preliminary Theses to a System of Fear”, *Details*, 9 de septiembre – 30 de octubre: p. 59.

delincuente), y que rige las estrategias antiinmigratorias vistas en la ultraderecha, pero no exclusivamente (incluso el gobierno británico mantuvo, entre 2023 y 2024, a los solicitantes de asilo en un barco flotante que fue, en realidad, una prisión insalubre para estos; otra solución era el envío de los migrantes a Ruanda, una solución todavía más infame)³⁴:

«La selección (soy consciente de las connotaciones de este término, pero aquí no son darwinianas, ya que no hablamos de selección natural) de los condenados a la muerte social de acuerdo con sus características corporales y su comportamiento instintivo (salud, edad, a veces género y sexualidad) y los estigmas culturales asimilados a lo corpóreo en la fantasía popular imperante, es puramente biopolítica. También lo son los castigos: reducción de las comodidades corporales, refugio, calor, luz, alimentación, aire limpio, medicación, higiene, ejercicio, ropa protectora, placeres psicofísicos derivados del alcohol y las drogas, etc. (...)

Por supuesto, todo esto carecería de fuerza persuasiva si no fuera unido al racismo y la xenofobia, versiones del etnicismo. El etnicismo no es simplemente una opinión o ideología política (...). El etnicismo, al menos en esta coyuntura, es una estrategia simbólica que designa al blanco aleatorio de la selección biopolítica como extranjero, es decir, como no miembro de la comunidad política. Como el típico beneficiario de la asistencia social, siempre presentado como fraudulento, “gorrón” no merecedor, “delincuente”, “reina de la asistencia social”, *Sozialschmarotzer*, “alien ilegal”, es simbólicamente extranjero, su origen real carece de importancia. Así es como los igualitarios se están convirtiendo-en la ideología oficial- en “elitistas”, ya que se les hace aparecer como defensores de lo remoto, lo atípico, lo extranjero, la minoría frente a “nosotros”; lo cual no tiene sentido, pero se provoca a igualitarios y progresistas para que se comporten como si se opusieran a la corriente mayoritaria etnicista, que no es una mayoría, sino una opinión (aunque no sea simplemente una opinión). El problema es precisamente que los estratos no productivos, en conjunto, son la mayoría; sólo los chivos expiatorios de entre ellos son una minoría. Así es como se protege a ‘nuestra comunidad’ (...)

El esquema es idéntico: una élite ocultista, peligrosa y doctrinaria con ideas salvacionistas, alejada de las preocupaciones reales y mundanas de la gente corriente. Al igual que los despreciados “activistas de derechos humanos”, “antifascistas profesionales» o, en la jerga de Anders Behrens Breivik, “marxistas culturales” (tiene razón, eso es lo que somos) que se oponen a la nueva dispensación biopolítica...

(...) La tarea consiste en excluir a los primeros y hacer que acepten su inferioridad, y en persuadir al proletariado restante para que sea el gendarme del poder

³⁴ RTVE (2024), “El nuevo Gobierno británico anuncia el cierre de la embarcación en la que encarcelan a inmigrantes”, 23 de julio. Sahuquillo, María R. (2025), “Bruselas consagra el endurecimiento de sus políticas de migración al avalar los campos de deportación fuera de la UE”, *El País*, 11 de marzo.

biopolítico (...) Erigir altos diques contra la migración, aun a costa de frenar el flujo capitalista, sigue siendo su principal instrumento. Pero la transformación de ciudadanos en no ciudadanos por motivos moralistas y biopolíticos -con tal ferocidad- es bastante nueva»³⁵.

Como parte del momento, Tamás concedió múltiples entrevistas donde se le presentaba como uno de los intelectuales más prominentes y una de las voces políticas más importantes de Europa, como la que concedió a *Arbetet* en 2015³⁶. Esta vez se le preguntaba específicamente sobre el régimen de Orbán y el porqué de su normalización, cuya respuesta fue, entre otras cosas, la desmovilización de la ciudadanía. Es, como explicaba, un paralelismo con las sociedades de entreguerras:

«Mientras ocurre esta tragedia, los turistas occidentales pasean, admiran a las jóvenes guapas, todos los cafés están llenos, suena la música... Como escribí en un artículo reciente, lo mismo ocurrió en 1944. Unos seiscientos judíos acababan de ser llevados a Auschwitz, y en los periódicos del día se podía leer sobre el nuevo estreno de operetas de cabaret, comedias musicales en los cines y el campeonato de fútbol que se estaba celebrando.

Todo el mundo se divertía, mientras las marchas de la muerte atravesaban la ciudad. La gente cogía sus periódicos, abría las páginas de deportes... y a nadie le importaba una mierda. Ahora es lo mismo. A nadie le importa.

(...) E incluso los países más pobres, como Hungría, pueden demostrar dónde reside el verdadero poder: en las fuerzas armadas. Son las armas, son las porras, son los palos, son los gases lacrimógenos, son los cañones de agua. El Estado sigue teniendo el poder de coaccionar a la gente que no quiere, especialmente a los no ciudadanos, mientras que los tratados internacionales y los derechos humanos se tiran por la ventana en 24 horas, sin la más mínima protesta de la población. Nada. Hungría está tranquila.

Porque a la gente le importa una mierda. Por eso. Porque siempre pensaron que los derechos humanos eran una farsa, una mentira y un arma en manos de, ya sabes, las poblaciones "de color". Gitanos o inmigrantes, para ellos es lo mismo. Y por supuesto, es una cábala internacional en manos de la judería internacional... "Son los judíos"... De nuevo, ¿qué hay de nuevo? "El liberalismo es judío", "los derechos humanos son judíos", "el socialismo es judío"... eso es lo que dicen.

(...) El antisemitismo es la estructura, y puede aplicarse a los árabes o a los musulmanes, sin el menor temblor»³⁷.

³⁵ Tamás, G. M. (2011a), *Op cit.*: pp. 62-63.

³⁶ De la Reguera, Erik (2015), "Gáspar Miklos Tamás: This is post-fascism", *Arbetet*, 26 de septiembre.

³⁷ *Ibid.*

Al respecto, presenta las novedades de Fidesz y lo relaciona con el post-fascismo, especialmente en el tratamiento de los problemas sociales como una cuestión étnica y, sobre todo, y esta es la clave, con la destrucción del estado del bienestar y las premisas neoliberales abanderadas por la ultraderecha. Explícitamente:

«Es un partido de administradores, y de forma muy moderna convence a sus partidarios a través de los medios de comunicación, que el Gobierno maneja con gran pericia. Es un partido tradicional de derechas, con una política económica neoliberal antisocial; tenemos un impuesto único, y no hay subsidios de desempleo en Hungría; ¡cero!

Y lo han conseguido porque el problema social se presenta como un problema étnico. Los pobres son aquí los romaníes, lo cual no es cierto; entre los 3-4 millones que forman parte de la parte más pobre de la población, alrededor del 10 por ciento son romaníes. El resto no lo son».

(...) Por lo tanto, el Estado es muy fuerte. No tiene mucho gasto social. Se refuerza el estado policial, y todo está motivado por la xenofobia universal.

(...) Es un control muy duro, tenemos una constitución muy autoritaria, y un control muy férreo de la administración pública de todas las vías de la vida cultural. No hay autonomía de las universidades, etcétera.

Existe una política de pánico moral, que implica que somos atacados por Estados Unidos, por los comunistas, por los judíos, por los árabes, por los rumanos, por los serbios... todo el mundo está contra nosotros, una postura xenófoba clásica. Y tiene mucho éxito»³⁸.

Tamás vinculaba todo esto a la desaparición de los sindicatos y seguía especificando el carácter de la Hungría de Orbán tolerado por la UE mientras que otros se aplacaban, como el caso de Tsipras en Grecia:

«Son capitalistas modelo. Mira, el señor Orbán es multimillonario muchas veces, y es el jefe de un vasto imperio dirigido por los miembros de su familia y sus lacayos, en la construcción, la agroindustria, la minería... Tiene todo un condado que le pertenece a él y a su familia. Así que en realidad está muy a favor del capitalismo, y las grandes empresas occidentales disfrutan aquí de fantásticos favores. A pesar de toda la propaganda, Mercedes es bienvenida, BMW es bienvenida, todos los inversores son bienvenidos y apenas pagan impuestos.

Al mismo tiempo, está «nacionalizando» el sector energético, lo que también significa que pasa a formar parte de todo su imperio oligárquico, porque distinguir entre el Estado y los oligarcas es imposible. El Estado ha sido secuestrado. Lo que tenemos no es una nacionalización, sino una privatización limitada del Estado, que ahora pertenece a grupos de interés informales y está dirigido según las líneas de

³⁸ *Ibid.*

la gestión autoritaria. El gobierno actual se parece más a la gestión empresarial que a cualquier otra cosa.

¿Por qué se tolera a Orbán y no se tolera a Tsipras? Porque Hungría paga sus deudas y respeta las normas. Con la excepción de la tierra, por supuesto: no permiten que los extranjeros compren tierras, porque pertenecen a la gente del partido. ¿Por qué? Por el dinero de la UE que viene con él. Están viviendo de la Unión Europea, mientras que, al mismo tiempo, hablan en contra de ella políticamente.

(...) Las vallas en la frontera entre Hungría y Serbia y entre Hungría y Croacia no son las únicas vallas. Hay vallas en Gaza, hay vallas entre Estados Unidos y México, etcétera, toda la política mundial va en contra de esto. Quieren separar a las naciones ricas y privilegiadas de las pobres, y a los blancos de “los morenos”. Y esto es lo que no debemos permitir»³⁹.

E, incluso, establecía un paralelismo con los regímenes fascistas de entreguerras, incluida la España de Francisco Franco:

«Es un sistema más parecido al de Salazar o Franco, y a los cuasi-para-fascismos católicos. Como Dollfuss. Este tipo [Orbán] no es hitleriano en absoluto. Es un sistema conservador y semifascista.

También tenemos corporativismo: si quieres ser profesor tienes que ser miembro de la organización nacional de profesores con su propio código moral, etcétera. De lo contrario, no puedes enseñar en la escuela. Tienes que ser miembro de una organización política dirigida por el gobierno. Lo mismo ocurre en la sanidad.

Es como el Portugal de Salazar, la Austria de Dollfuss o la Italia de Mussolini. Así que no se trata de un sistema fascista en el sentido de que esté movilizándolo a la población; la está desmovilizando. No es en absoluto un sistema totalitario del siglo XX

(...) Los derechos o son universales o no son derechos. Porque los derechos que no son universales se llaman privilegios. Hay una diferencia. Para darse cuenta de eso, no hace falta ser marxista. Basta con ser kantiano. Es absolutamente vergonzoso cómo la gente piensa en los derechos en términos de privilegios»⁴⁰.

Posteriormente, Tamás publicó un nuevo artículo sobre Hungría donde especificaba mejor la crisis de la democracia con un carácter más comprometido con el socialismo y conciso:

«Nadie puede decir que la democracia liberal no haya liberado a algunas personas y que no se hayan eliminado algunos tipos de servidumbre. Pero el sistema actual ha entrado en una serie de contradicciones. Estamos viviendo una grave crisis de la democracia liberal, que coincide con la “muerte” del socialismo. La condición

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ *Ibid.*

necesaria de la democracia liberal era la existencia del movimiento obrero. Era el resultado de un compromiso en el que, a cambio de paz interior y estabilidad, la socialdemocracia había renunciado a algunas de sus reivindicaciones revolucionarias y se había convertido en parte del Estado burgués.

(...) Paradójicamente, lo que le falta hoy a la democracia liberal es el socialismo. Esta es la razón por la que no existe una fuerza compensatoria que mantenga democrática a la democracia liberal. Las clases dominantes actuales no se ven amenazadas desde dentro. Por lo tanto, pueden hacer lo que ni siquiera los fascistas se atreverían a hacer. Están destrozando los salarios reales, las pensiones, los sistemas de bienestar, las escuelas públicas, la sanidad gratuita, el transporte público barato, las viviendas sociales baratas, etc. ¿Quién detendrá a la clase dominante?⁴¹».

Además, se exponía la imposibilidad de salvación de la democracia y la desmovilización de la ciudadanía, preguntándose los diferentes porqués sobre cómo fue posible:

«(...) La democracia liberal era un sistema extremadamente complicado. Las clases dirigentes de la democracia liberal estaban limitadas desde la izquierda por el movimiento obrero y, desde la derecha, por las fuerzas del pasado: por los restos de la aristocracia, de la iglesia y de la monarquía. Es poco probable que la democracia liberal sobreviva por sí sola. A pesar de lo que piensen los liberales, la extrema derecha no es un peligro para el capitalismo. Peligro para la vida y la integridad física, pero no para el capital ni para el Estado.

No olvidemos que Adolf Hitler fue considerado el salvador de la civilización occidental frente al comunismo. Incluso gente que lo despreciaba, como Friedrich-August von Hayek -el fanático del libre mercado, que al fin y al cabo era un emigrante antinazi- afirmaba que Hitler podía haber sido un monstruo pero que había salvado a Europa del comunismo. Para gente como Hayek, el fascismo era una contrarrevolución anticomunista preventiva. Y lo fue. ¿Que arruinó y exterminó a media Europa? Lástima. ¿Crees que la burguesía dudaría ahora? No lo creo»⁴².

Su explicación se apoyó, de nuevo, en la realidad de la Hungría de Orbán:

«La mayoría de los húngaros son apáticos, indiferentes y carecen de esperanza. Mi país es un lugar muy triste donde la gente dice que no puede hacer nada para impulsar sus aspiraciones o cambiar algo. El Sr. Orbán sabe que el secreto del éxito es apoyar esta pasividad y apatía. Se dio cuenta de que debía poner fin a la movilización casi totalitaria de la sociedad. La primera fase de su gobierno

⁴¹ Fiala, Jaroslav (2016), "The majority of Hungarians are apathetic, indifferent, and devoid of hope.". An interview with Gaspár M. Tamás", *openDemocracy*, 29 de julio.

⁴² *Ibid.*

consistió en movilizar a las multitudes con consignas xenófobas y etnicistas y utilizar grupos militantes extremistas.

Ahora se han disuelto todas las redes de movilización, ya que podían convertirse en una voz del descontento social. Orbán también ha destruido la burocracia funcional. La administración pública apenas existe, la administración regional está oficial y abierta y completamente acabada. Expertos, intelectuales- «burócratas ilustrados»- son despedidos por millares. Los controles internos ya no existen. Se han destruido las instituciones culturales, la edición, las publicaciones periódicas, la investigación, la enseñanza superior, la prensa de calidad, los buenos museos y teatros, el arte, la cinematografía. También lo han hecho los medios de comunicación independientes. El resultado es un Estado disfuncional.

Por eso, cuando alguien te dice que dictadura significa “ley y orden”, deberías reírte. Significa corrupción, desorden, caos total. Y también significa la amarga desesperanza del cuerpo político, que es el verdadero secreto del poder de Orbán»⁴³.

Como clave en su pensamiento, uno de los problemas seguía siendo la falta de una alternativa sólida desde la izquierda:

«No existe una verdadera izquierda. Una famosa cita dice: cada victoria de la extrema derecha demuestra el fracaso de la izquierda. Y los restos de la clase obrera tradicional también han cambiado. El 90% de la clase obrera industrial austriaca votó a Norbert Hofer, el candidato de extrema derecha. Pero esto es sólo el 10% de toda la población trabajadora de Austria.

Se ha convertido en un grupo relativamente privilegiado, que defiende su propia posición de clase frente a sus competidores en el mercado laboral: frente a los refugiados, frente a los parados, frente a los inmigrantes y frente a las mujeres que trabajarían por menos. Los votantes culpan a las mujeres, a las minorías étnicas y a los inmigrantes, en lugar de exigir que se les integre en un sistema de salarios, subsidios y pensiones más elevado. Pero para integrarse en un sistema de salarios más altos se necesita una socialdemocracia de izquierdas fuerte, que no existe.

(...) Estamos aquí sentados bajo el hermoso sol de Praga, es tranquilo, bonito, y todavía hay paz. Pero así era en junio de 1914. También era muy tranquilo. El *crash* de cualquier naturaleza puede que no llegue hoy, puede que llegue dentro de diez años. Pero el sistema es muy inestable. Esa es la lección de todo esto»⁴⁴.

Y sentenciaba sobre quiénes eran los enemigos de Europa, evidentemente para la clase obrera, señalando, en primera instancia, a las élites política que gobiernan el Viejo Continente:

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ *Ibid.*

«Todos los gobiernos de Europa, sin excepción. Los jinetes del apocalipsis. No saben lo que hacen. Los líderes conservadores del pasado, por muy desagradables que fueran por lo demás, tenían un cierto sentido tradicional de con qué “no se juega”. No se juega con el país, por muy definido que esté, porque sí. Mira a gente como David Cameron, François Hollande, Miloš Zeman. Esta gente no tiene ni idea, solo están dando palos de ciego. Esto es realmente serio. Además, fíjense en toda la decadencia que nos rodea: la caída del nivel intelectual de la mayoría de las instituciones, la crisis cultural general y el analfabetismo de la clase media, incluidos los llamados profesionales y los llamados intelectuales.

Necesitamos un contrapoder al capitalismo actual para garantizar, simplemente, la supervivencia de la humanidad. El capitalismo por sí solo, obviamente, no puede y no lo hará. No se trata del viejo y mal sistema burgués. Es mucho peor»⁴⁵.

Finalmente, con la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca como la confirmación oficial del triunfo de la ultraderecha sobre la primera potencia democrática del mundo quedó claro que el post-fascismo va intrínsecamente asociado al desarrollo del sistema capitalista, y que, en realidad, la ultraderecha sería su máximo adalid al proteger un sistema desigual señalando las minorías como el enemigo principal. El post-fascismo ya era una normalidad desde 2016, como mínimo. En sus palabras:

«Lo que experimentamos como una victoria del anti-establishment, como la elección del Sr. Trump, es el más tradicional, el más anticuado, gobierno oligárquico que puedas imaginar: multimillonarios y generales.

(...) Esto es poder desnudo, esto es en tu cara: '¡Estás despedido! Sí, ese es el eslogan del nuevo sistema y está en todas partes. Ahora los sistemas de poder tienen el valor de decir: '¡No os queremos! ¡No vengas aquí! ¡No vivas aquí! ¡Fuera! ¡Fuera! Seréis castigados'. Y se supone que esto es progreso. Bueno, hasta cierto punto lo es, porque por supuesto es sincero. Es muy sincero. Estos no son los guerreros de clase, estos son-para usar un viejo (término) tradicional, que es tan querido para mí como un viejo oponente del estalinismo y el post-estalinismo- 'enemigos del pueblo'.

(...) Sin embargo, hay algo que no ocurrirá en estos sistemas totalitarios: no es probable que veamos campos de concentración llenos de gente blanca. Más bien, ya tenemos campos de concentración llenos de gente de color llamados 'campos de refugiados'.

¿Por qué la gente se muestra tan neutral ante la conquista del poder por parte de estos gobiernos de derechas realmente scheußlich (abominables), como el mío? Porque cuando los liberales les dicen: ¡Arriba las armas! Salvemos la democracia liberal, salvemos el capitalismo de mercado, salvemos la desigualdad de las incursiones de todo tipo de gente desagradable', la gente dirá: 'oh, sí, ¿verdad? ¿Debemos salvar un sistema que no nos da nada bueno, salvo mercancías

⁴⁵ *Ibid.*

baratas?’ Entonces, la gente no lo hará. Todos odiamos a los votantes de Trump, y la gente que odia a Trump está de acuerdo en un punto: no merece la pena salvar este mundo tal y como es ahora. Por eso está ganando la derecha»⁴⁶.

A efectos historiográficos, lo cierto es que la conceptualización tamásiana del post-fascismo permite vislumbrar unas claves historiográficas para comprender el auge de la ultraderecha desde el propio desarrollo de las democracias liberales tras 1989 (es decir, desde el triunfo del capitalismo). Un mundo donde los estados-nación entraron en crisis ante las nuevas dinámicas globalizadas de la era actual que han sido nocivas para la democracia. Previamente al siglo XXI, Tamás ya escribía sobre algunos de los fenómenos que facilitaron la instauración del post-fascismo, y que son causas históricas profundas y significativas para la ultraderecha o, al menos, para las circunstancias favorables que ayudaron a su crecimiento. Especialmente, a través de dos grandes líneas maestras: un sistema liberal sin alternativa; y la crisis de los estados-nación (y, por ende, de los fundamentos de las democracias).

4. Hacia la izquierda. La transición a la democracia en el Este y la batalla del neoliberalismo global

Tamás creó el concepto de post-fascismo partiendo de las lecciones de los contextos históricos de la Posguerra Fría. Concretamente, de los años noventa caracterizados por la extensión de la democracia a nivel planetario, pero con una serie de acontecimientos que ya marcaban la crisis de la democracia en aquel entonces. Históricamente, una de las claves básicas para el desarrollo del post-fascismo es la caída del comunismo, el principal enemigo del fascismo y la alternativa histórica a las democracias liberales. Para Tamás, la desaparición de la URSS fue una gran pérdida histórica para la humanidad por múltiples razones históricas, y que se puede ver como una constante analítica en varios textos

⁴⁶ Tamás, G. M. (2018), “Fascism Without Fascism”, en Pfeffer, Susanne (ed.), *A New Fascism?* Koenig Books: pp. 46-48.

escritos en las postrimerías del siglo XX, en esa Hungría post-soviética, y cuyas reflexiones estuvieron vinculadas a su protagonismo como parlamentario, en esa transición que el autor hizo hacia una disidencia personal hacia la democracia que tanto había deseado.

De hecho, esa desilusión vino acompañada, históricamente, por una reactivación clara de la ultraderecha y del ultranacionalismo en los países del Este de Europa durante la década de los noventa (incluso armada, como ocurrió durante las Guerras de Yugoslavia), y que tuvo su clave en la reconversión de los políticos comunistas en líderes nacionalistas, como una fórmula de reinterpretar el pasado y legitimar la herencia comunista⁴⁷. A esto se sumaba una crisis económica sin precedentes, al ser el primer momento de la historia en que los regímenes comunistas transicionaban hacia el liberalismo, y no al revés, dando lugar a una «terapia de choque» que se dejó notar con fuerza en Rusia, así como la irrupción de un neoliberalismo «canalla» perjudicial para los estados⁴⁸. Durante esta etapa post-comunista, Tamás reflexionó sobre el significado de las revoluciones de 1989 y el paso de los sistemas comunistas a las nuevas democracias liberales, tratando la caída de la URSS como una crisis histórica sin precedentes.

Del comunismo al nacionalismo (y al capitalismo). Reflexiones históricas sobre cuarenta años soviéticos

Una de las cuestiones que Tamás abordó durante las transiciones a la democracia liberal en el Este fue precisamente el paso del comunismo al nacionalismo como una fórmula de “salvar los muebles” que buena parte de la Nueva Izquierda (así es como denomina a parte de la oposición democracia) realizó, dando un paso clave hacia el nacionalismo como motor de construcción democrática del momento poscomunista⁴⁹. Evidentemente, esto se relacionaba con una cuestión histórica más profunda y no vista, que fue el paso de un sistema comunista a uno capitalista, y que caracterizó los textos del filósofo húngaro durante esta fase en la que participó, activamente, en la oposición democrática, como disidente del régimen comunista de Janos Kadar. Con una constante teórica: sin la crisis de la izquierda no se podría explicar el auge del post-fascismo.

En el Este, fue el socialismo quien introdujo el capitalismo de estado (o, al menos, un cierto dinamismo del estilo) en Europa Central y Oriental. Según Tamás:

⁴⁷ Véase Griffin, Roger; Loh, Werner y Umland, Andreas (eds.) (2014); y, de nuevo, Veiga, Francisco (et al.) (2019): pp. 25-158.

⁴⁸ Napoleoni, Loretta (2008): p. 1-30.

⁴⁹ Tamás, G. M. (1991) [1988], “Farewell to the Left”, *East European Politics and Societies*, vol. 5, (1): p. 104.

«En muchos países de Europa del Este, este punto de vista socialista era la imagen más positiva del capitalismo liberal que se había encontrado nunca. En Rusia, los tradicionalistas zaristas, los eslavófilos y los narodniks revolucionarios condenaban al unísono la frívola modernidad occidental; sólo los marxistas abogaban por la tecnología, la ciencia, el racionalismo y la industrialización. Los adversarios europeos orientales del capitalismo liberal de estilo occidental tenían pocos liberales o capitalistas reales a los que oponerse, pero podían encontrar un enemigo real: los bolcheviques.

(...) El nuevo Estado iniciaría el desarrollo industrial y haría que los papeles sociales fueran intercambiables entre grupos y a lo largo de la vida. Todo lo que pudiera interponerse en el camino de esta utopía-la familia, la religión, la clase, la alta cultura- sería destruido. Todo debía retirarse al anonimato de la colectividad.

Lo que los historiadores suelen pasar por alto es que el bolchevismo forjó una especie de sociedad moderna, mientras que la modernidad fue rechazada por los principales rivales de los bolcheviques. Con la muerte del liberalismo de Europa Central y Oriental en 1917-18, no quedaba ningún otro agente modernizador.

Los socialdemócratas lucharon para que el capitalismo aceptara las reformas destinadas a promover la “justicia social” entendida como mayor igualdad, pero el capitalismo apenas había llegado a Europa del Este. Los comunistas querían crear una máquina industrial para conquistar el Paraíso. El socialismo revolucionario de Europa del Este estaba tan confundido por los dilemas de la modernidad como lo estaba entonces el liberalismo occidental, pero la taumaturgia bolchevique tuvo cierto éxito.

Alguna combinación de nacionalismo étnico y asistencialismo colectivista caracteriza a la mayoría de los Estados del mundo actual; las desastrosas consecuencias predichas por Friedrich Hayek sólo se evitan gracias a la tenaz resistencia de las fuerzas culturales del pasado, pero sólo en Occidente, si es que existe. El trabajo sucio de la modernización, realizado en Inglaterra por el liberalismo del *laissez-faire* y en Alemania por el Estado prusiano y la industria militar, fue llevado a cabo en Europa del Este y en grandes partes de Asia por diversas versiones del socialismo de Estado; lo que Stalin llevó a cabo-con campos de trabajo, colectivización forzosa, deportaciones masivas, asesinatos al por mayor y la despiadada explotación y destrucción de los recursos naturales- es un logro gigantesco, aunque terrible»⁵⁰.

Proseguía exponiendo el verdadero problema de las transiciones, que para este no era, ni más ni menos, que el mantenimiento de los logros del “estado del bienestar” soviético, pues remarcaba el carácter modernizador del comunismo en

⁵⁰ Tamás, G. M. (1992), “Socialism, Capitalism, and Modernity”, *Journal of Democracy*, 3 (3), julio: pp. 63-64.

en Europa del Este ni su significado histórico para entender la magnitud de la crisis. En sus palabras:

«El problema al que se enfrenta Europa del Este en este momento no es si introducir el capitalismo (o, como lo llamamos tímidamente, la “economía de mercado”) y cómo hacerlo, sino si las fuerzas políticas dominantes quieren o no preservar los logros de la modernidad que trajeron a Occidente el liberalismo y la Revolución Industrial, y que llegaron a nosotros sobre las bayonetas del Ejército Rojo.

(...) El problema del capitalismo en Oriente era -y ha seguido siendo en gran medida- un problema étnico y denominacional, al igual que en el Occidente anterior a la Ilustración. El socialismo prometía suprimir los islotes sociales de mala reputación del capitalismo y, por tanto, se prestaba fácilmente a usos étnicos reaccionarios, ya fuera indirectamente (como en el caso de Lenin) o abiertamente (como en el de Hitler). El socialismo prometía una modernidad que sustituiría tanto al anquilosado antiguo régimen como a los odiados islotes burgueses-alienistas que lo componían. El socialismo prometió hacer compatible el dinamismo capitalista con el anticuado y arcaico deseo de suprimir la pluralidad. También cumplió esta promesa, pero a un coste terriblemente alto. Lejos de ser un fenómeno superficial, el socialismo provocó una transformación profunda y duradera de la vida cultural y social en toda Europa del Este.

Las fuerzas romántico-populistas que dominan la Europa del Este contemporánea tienen razón al ver el capitalismo y el socialismo (a los que se oponen) como un único problema. Cuando los izquierdistas occidentales se lamentan del “triunfo universal” del capitalismo y “desenmascaran” el *Brave New World* de McDonald's, no se dan cuenta de que están actuando como aliados involuntarios de la extrema derecha de Europa del Este.

(...) Todos los intentos de llevar la modernidad a la Europa del Este presocialista fracasaron estrepitosamente. Sólo el socialismo revolucionario avanzó en esta gigantesca tarea: el industrialismo y el crecimiento económico; la electrificación y el transporte de masas; la división del espacio y el tiempo en unidades de igual tamaño (los campesinos de Europa del Este no tuvieron relojes hasta los años cincuenta); la documentación de las decisiones administrativas; la regularización de los procedimientos jurídicos; y la creación de una sociedad de la información (...) todo este catálogo de cambios modernos es el que los europeos del Este asocian con razón al socialismo.

Todo esto se consiguió mediante una violencia inimaginable ejercida con una crueldad sin precedentes por esos fanáticos soldados del cambio, los comisarios rojos. Los miles de millones de seminarios “marxistas”, las clases de adoctrinamiento y los cursos semimilitares de formación profesional no solo sirvieron para lavar el cerebro ideológicamente, sino que también instruyeron a masas de campesinos atrasados en los métodos de la modernidad, desde leer la esfera de un reloj y lavarse los pies a diario hasta las doctrinas de Newton, Darwin y Marx (impartidas por personas que podrían haber conservado alguna que otra

creencia en brujas y hombres lobo). Los campos de trabajo, los largos periodos de cruel servicio militar, las interminables reuniones del Partido después del trabajo, las sesiones obligatorias de autocrítica y estudio, los campamentos de verano de los Jóvenes Pioneros, los destacamentos de trabajo voluntario, los movimientos estajanovistas y todo lo demás tuvieron un efecto dominante. La movilización permanente por el socialismo apuntaba abiertamente a la destrucción de la vida privada, combinada con la mojigatería supervictoriana y el “conservadurismo” cultural (convencionalismo de medio pelo); los síntomas que la acompañaban eran el agotamiento, la pobreza puritana y una nueva mitología bárbara»⁵¹.

El paso hacia la democracia había conllevado el paso a premisas de ultraderecha y populistas de la mano del nacionalismo, el momento en el que se instaló el escepticismo y el pesimismo en el pensamiento de Tamás:

«Los gobiernos contemporáneos de Europa del Este intentan desesperadamente complacer a lo que imaginan que es el jefe occidental.

(...) El principal debate en Europa del Este, mientras tanto, resulta familiar a quienes conocen la historia de las disputas intracomunistas de los años treinta: es la discusión sobre el patrimonio.

(...) La caza de brujas es, obviamente, solo un método. La nueva derecha plebeya de Europa del Este, con su predilección por los escrutinios, las purgas, los archivos secretos, las denuncias sin pruebas, y el resentimiento hacia las élites de cualquier tipo, teme al capitalismo y a la democracia liberal. Su programa es la restauración de una Europa del Este rural, estática, deferente y atrasada.

(...) La disolución del último Estado comunista dio lugar a un momento único-y ahora parece que demasiado breve- de libertad, innovación y diversidad. Ahora tenemos de nuevo adoctrinamiento, militancia sin sentido, xenofobia antioccidental y anticapitalista, y un desprecio revolucionario por la ley, todo ello traído a nosotros por movimientos que gritaban roncamente pidiendo derechos humanos hace sólo unos años. Estos movimientos ya han establecido un patrón de cambio cuyos motores gemelos son el departamento de personal con sus archivos confidenciales y la comisión de selección con sus audiencias caóticas y acusaciones dudosas. La censura, el filisteísmo cultural, la intolerancia, la paranoia y la demagogia autoritaria campan a sus anchas. En la Europa del Este actual, dice un agudo politólogo húngaro, “anticomunismo” significa anticapitalismo.

(...) Los que hoy en Europa del Este piden una “comunidad de naciones en lugar de una comunidad de Estados” (donde naciones significa grupos etnoculturales, no comunidades políticas de ciudadanos) se hacen eco de esos acentos medio olvidados de nuestro turbio pasado que hicieron que el comunismo fuera aceptable tanto para los anarcoliberales como para los autoritarios, apelando a su

⁵¹ *Ibid.*: pp. 65-68.

animadversión compartida contra las instituciones impersonales en general y el impersonal Estado de Derecho en particular.

(...) La famosa hipótesis de Francis Fukuyama sobre el “fin de la historia” se basa en la suposición de que la democracia liberal está a punto de ganar la partida. Nada más lejos de la realidad. La revolución de Europa del Este lanzada en 1989 es una rebelión más contra la modernidad (por tanto contra Occidente, que después de todo es el inventor de esa despiadada estrategia modernizadora llamada socialismo), y en este sentido es similar a la revolución de Jomeini en Irán o al movimiento integrista islámico en Argelia.

(...) Esto no quiere decir que no se produjera una revolución democrática en Europa del Este, pero la democracia que surgió de ella es del tipo Jacobino: una democracia mayoritaria, plebiscitaria y antipluralista transfijada por el viejo mito socialista de la participación directa. No tiene nada de liberal.

Todas las encuestas y sondeos muestran que la opinión pública de nuestra región rechaza la dictadura, pero le gustaría ver a un hombre fuerte al timón; está a favor del gobierno popular, pero odia el parlamento, los partidos y la prensa; le gusta la legislación de bienestar social y la igualdad, pero no los sindicatos; quiere derrocar al gobierno actual, pero desaprueba la idea de una oposición regular; apoya la noción de mercado (que es una palabra clave para el nivel de vida al estilo occidental), pero desea castigar y expropiar a los ricos y condena a la banca por aprovecharse de los simples trabajadores; está a favor de una renta mínima garantizada, pero considera que el desempleo es un estado inmoral y desea castigar o posiblemente deportar a los desempleados»⁵².

36

Tras su etapa parlamentaria y el abandono del partido liberal en el que había militado, Tamás denunciaba uno de los elementos centrales de lo que posteriormente acuñaría como post-fascismo, y que se dejaba ver, por aquel entonces, a través de un enorme desencanto personal que ejerció de punto de inflexión en su trayectoria política. Aunque, en realidad, venía a confirmar y a desarrollar sus interpretaciones del cambio. Todo ello como producto de la instauración de la democracia y los años salvajes de los 90, que pusieron en tela de juicio a la sociedad civil, a los derechos humanos y a la propia democracia liberal. En pocas palabras, y a diez años de 1989:

«Después de sólo unos pocos años, Europa del Este ha llegado a la última consecuencia tanto del liberalismo moderno como del socialismo moderno: un deseo abrumador por la obliteración del ámbito público. Hannah Arendt lo describe mejor en su obra *La condición humana* (1958).

(...) La retirada de los disidentes de la política, el éxodo de la Ciudad, la idea de la sociedad civil como sociedad “privada” (un seductor oxímoron), todo ello condujo

⁵² *Ibid.*: pp. 69-73.

a un culto de lo “privado” concebido como lo exclusivamente personal. Es algo sin precedentes.

(...) La literatura disidente parecía “encantadora” en este sentido; había renunciado a la grandeza, al heroísmo, a la magnanimidad, a la pasión por la felicidad cívica, todo lo cual parecía comprometido. La sola idea del deber, por no hablar del sacrificio, recordaba a la tiranía. Crecer en una infancia artificial impuesta por gobernantes tiránicos significaba una pérdida de fe, no la adquisición de una nueva (o para el caso, una vieja). Me parece irónico que el mayor éxito literario de los últimos años en Europa del Este haya sido una novela autobiográfica de Bohumil Hrabal, un escritor checo no disidente, que nos cuenta la historia de cómo se convirtió en informante de la policía secreta comunista a cambio de un visado de salida. Solo quería ver Grecia, dice. Al fin y al cabo, todos somos humanistas. La valentía y el altruismo de esa odiosa pandilla llamada disidentes solo podía ofrecer la absolución a las sufridas sociedades de Europa del Este. Todos formábamos parte de la gran red, ¿no? Los tiempos heroicos, gracias a Dios, han terminado; comienza un nuevo mundo, un mundo de desorden creativo. No podemos describirlo, ya que las palabras públicas capaces de hablar de cosas que no son personales se exiliaron junto con todos nosotros cuando abandonamos la Ciudad, todos juntos»⁵³.

La desaparición del proletariado, hecho histórico de la Posguerra Fría

37

Ese giro que experimentó hacia el marxismo se materializó, tras iniciarse el siglo XXI, en un tono y un lenguaje más característico del “materialismo histórico”, en una serie de reflexiones de gran calado a través de la lectura de autores marxistas húngaros heterodoxos como Georg Lukács (que en la revolución de 1956 se alzó contra el gobierno soviético junto con Imre Nagy), aquel que consideró al izquierdismo como una «enfermedad infantil» del comunismo, más cercano al realismo que al utopismo. Tamás centró más su atención en la filosofía y en el propio concepto de clase, con una veteranía y una profundidad filosófica destacables, pero también con una carga crítica hacia esta en la responsabilidad histórica que tuvo al apuntalar el capitalismo. Para el autor, la izquierda llevó a cabo una traslación del socialismo al igualitarismo, lo que se tradujo (reafirmandose en sus teorías), que fue la izquierda la que ayudó a modernizar o reforzar al capitalismo en sus respectivos países, poniendo en tela de juicio el potencial anticapitalista de los movimientos antiglobalización:

«Visto desde el punto de vista del revolucionario, podemos decir con confianza que *la abolición de la casta conduce a la igualdad, pero la abolición de la clase conduce al socialismo*. Sin embargo, como hemos visto, la retirada del socialismo al igualitarismo, de Marx a Rousseau, la retirada de la teoría crítica a la crítica

⁵³ Tamás, G. M. (2005) [1999], “The Legacy of Dissent”, en Tismaneanu, Vladimir (ed.), *The Revolutions of 1989*, Ed. e-Library, Routledge (Serie Rewriting Histories): pp. 191-192.

moral histórica, de Hegel y Marx a Kant, ha sido la norma, más que la excepción, en la historia de la izquierda.

Esto es lo que ha ocurrido con la socialdemocracia y el “eurocomunismo”⁵² de Europa Occidental (y con el radicalismo británico desde Lloyd George y Keir Hardi hasta Attlee, Bevan, Laski y Beveridge), y con el “comunismo” de Europa Oriental, China y Vietnam: han creado o reforzado y modernizado la sociedad capitalista en sus países, sin saberlo ni quererlo. No es seguro que los movimientos antiglobalización de hoy en día, con sus sinceros llamamientos a la igualdad planetaria (la palabra “internacional” se evita hoy en día, por alguna razón) no contribuyan a otro renacimiento de un capitalismo más atractivo, reducido, más justo y más inteligente, después de destruir las instituciones financieras mundiales superanunciadas y los gobiernos neoconservadores más desvergonzados — aunque los antiglobalistas, también, obviamente quieren mucho, mucho más»⁵⁴.

Posteriormente, el autor llegó a una conclusión contundente al afirmar la destrucción de la clase obrera como una clase verdaderamente revolucionaria, como uno de los resultados del triunfo del capitalismo tras 1989. En sus palabras:

«La verdad sobre la clase es, por tanto, que el proletariado ha tenido, históricamente, dos objetivos contradictorios: uno, preservarse como estamento con sus propias instituciones (sindicatos, partidos obreros, prensa socialista, instrumentos de autoayuda, etc.); y otro, derrotar a su antagonista y abolirse como clase. Ahora podemos ver que la abolición de la clase obrera como “estamento”, como “gremio”, ha sido efectuada por el capitalismo; el capitalismo ha transformado finalmente al proletariado (y a la burguesía) en una verdadera clase, poniendo fin a su capacidad de hegemonía. La hegemonía de clase de cualquier tipo (todavía bastante vivaz y vigorosa en la época de Gramsci) fue exactamente lo que se aniquiló. La clase como realidad económica existe, y es tan fundamental como siempre, aunque cultural y políticamente esté casi extinguida. Esto es un triunfo del capitalismo.

Pero esto hace que el trabajo histórico de destruir el capitalismo sea menos parroquial; lo hace de hecho tan universal, tan abstracto y tan poderoso como el propio capitalismo. No sabemos qué forma política puede tomar esto. Sin embargo, ahora es verdaderamente la causa de la humanidad. Esta causa no tiene, ni puede tener, ningún sesgo particular, local, vocacional, “gremial”. La verdad de la clase es de su propia trascendencia

(...) La cultura obrera que inspiró tanto heroísmo y abnegación ha muerto. Esa cultura era modernista en el sentido de apuntar a la jerarquía y tratar de lograr una sociedad secular, igualitaria y basada en los derechos. La clase obrera lo confundió con el socialismo. No lo es. Es capitalismo. El capitalismo solo podía ser él mismo si y cuando era ayudado por el engaño socialista. Ahora estamos libres

⁵⁴ Tamás, G. M. (2006), “Telling the truth about class”, *Social Register*, 42: pp. 245 y 250.

de esta ilusión. Vemos la tarea más claramente. Pero todo lo demás es una derrota total»⁵⁵.

Las clases medias buscan un estado del bienestar chauvinista. La Gran Recesión (2008) y la vindicación del posfascismo

Una vez iniciado el siglo XXI, con la explosión de la crisis económica, financiera y política de 2008, que actuó como una caja de Pandora para las premisas populistas propagadas conforme se administró la medicina de la austeridad, se abrió una nueva etapa en Europa. Especialmente, con la irrupción de nuevas formaciones abiertamente populistas y euroescépticas que levantaban acta del hartazgo de la ciudadanía frente a los asaltos a los estados del bienestar y el elevado paro que se cernió sobre la ciudadanía europea, que vio cómo se priorizaba la economía por encima de los intereses ciudadanos. En Hungría la situación política se deterioraba en favor de la oposición derechista liderada por Orbán, en un clima que Tamás analizó con su estilo (y, como demostró, con análisis de actualidad profundos), perfilando a la Contrarrevolución del siglo XXI. En sus palabras:

«En Hungría, una coalición socialista-liberal liderada por el joven y talentoso Ferenc Gyurcsány, empresario multimillonario y antiguo secretario de la Liga Juvenil Comunista antes de 1989, volvió al poder en 2006 tras una campaña electoral basada en promesas populistas de izquierdas que, en un discurso secreto a su partido parlamentario, el propio Gyurcsány anunció que eran un montón de mentiras deliberadas. Tras la filtración del discurso, estallaron disturbios en Budapest y se incendió la sede de la televisión estatal, símbolo de la mendacidad. El 23 de octubre de 2006, cincuentenario de la revolución húngara de 1956, la policía, que había sido tan claramente derrotada en los disturbios de unos días antes, se vengó de los manifestantes, golpeando a alborotadores, transeúntes, presos ya inmovilizados y a cualquiera que se interpusiera en su camino. (La intelectualidad liberal, para su eterna vergüenza, se puso del lado del terror policial).

Las protestas continuaron durante meses, deteriorándose rápidamente, dominadas por el simbolismo de la Cruz Flechada, los nazis húngaros famosos por su terror antijudío en la Budapest cercada de 1944. Las protestas fueron hábilmente encauzadas por la derecha parlamentaria, liderada por el ex primer ministro, Viktor Orbán. La coalición gubernamental prosiguió con sus radicales medidas de austeridad, inmensas subidas de impuestos, recortes del gasto social y sanitario, cierre de hospitales (ya se han producido las primeras muertes causadas por el caos en el servicio sanitario), escuelas e instituciones culturales, recorte o supresión total de las subvenciones, planificación de la privatización de los hospitales, los ferrocarriles, la compañía eléctrica y los servicios municipales, liberalización de los precios (por ejemplo, los de los medicamentos), introducción

⁵⁵ *Ibid.*: pp. 255-256.

de tasas por cada visita médica (estatal), tasas para los estudiantes universitarios, duplicación del precio del transporte público, congelación de los aumentos salariales y de las pensiones, (por ejemplo, los de los medicamentos), introducir tasas por cada visita a un médico (estatal), tasas para los estudiantes universitarios, duplicar el precio del transporte público, congelar los aumentos salariales y de las pensiones, todo ello necesario para reducir la deuda pública y el déficit comercial con el fin de cumplir los llamados 'criterios de convergencia' exigidos por la Unión Europea, obligatorios para entrar en la zona euro. Las agencias de calificación crediticia, como *Standard and Poor's*, tienen más influencia en la política del gobierno que el electorado.

A todo esto se opone una ensordecedora vociferación anticomunista, xenófoba, antisemita, antioccidental y antiinmigración (prácticamente no hay inmigrantes en Hungría, pero no importa, puede haberlos en algún momento en el futuro si no se expulsa a los cosmopolitas desarraigados que ahora gobiernan).

(...) Miles de motociclistas, con cascos de imitación de la Wehrmacht, enormes banderas nazis y de la Cruz Flechada en sus máquinas, y el nombre oficial de su asociación- *Goy Bikers*- orgullosamente estampado en sus chaquetas de cuero, llenan las principales calles del centro de Budapest con su estruendoso ruido y los humos de sus tubos de escape. El país está plagado de mítines que exigen una cámara alta no electa y no partidista, y una constitución que atribuya la soberanía a la Santa Corona (en lugar de al pueblo).

¿Qué sentido puede tener este brote de locura política? (...) El cambio de régimen de 1989 en Europa del Este no proclamó un socialismo más puro y mejor, consejos obreros, autogestión o incluso salarios más altos para los proletarios. Se vio como un restablecimiento de la 'normalidad', de la continuidad histórica y de la restauración del triple shibboleth: democracia parlamentaria, 'mercado' y lealtad incondicional a 'Occidente'»⁵⁶.

De nuevo, vinculaba el estado del bienestar a la modernidad soviética en contraposición a la normalidad neoliberal establecida tras la caída del comunismo, ampliaba su reflexión en torno a los resultados históricos del neoliberalismo en el siglo XXI. Explícitamente:

«Tampoco cabe duda de que el capitalismo de Estado posterior a Stalin en el bloque soviético y en Yugoslavia (aproximadamente entre 1956 y 1989) intentó crear una especie de estado de bienestar autoritario con problemas muy similares a los de cualquier estado de bienestar occidental, ya sea socialdemócrata, demócrata-cristiano o gaullista (o, para el caso, del New Deal). (Dejaré de lado los rasgos del capitalismo de Estado bienestarista de los regímenes fascistas y nazis, por muy pertinentes que sean).

⁵⁶ Tamás, G. M. (2008), "Counter-Revolution Against a Counter-Revolution: Eastern Europe Today", *Socialist Register*, 44: pp. 284-285.

El objetivo social de cualquier Estado del bienestar-incluido el 'socialismo real' post-estalinista, con el Gulag cerrado- era (podemos utilizar con seguridad el tiempo pasado aquí) el intento de fomentar el consumo a través de la gestión anticíclica de la demanda, de incluir y cooptar a la clase trabajadora rebelde a través de la vivienda asequible, para crear un *dopolavoro* (una idea mussoliniana ya muy admirada por los *New Dealers*, pero por supuesto igualmente prevalente en la Rusia estalinista de los años 30) repleto de vacaciones pagadas, turismo de masas, entretenimiento popular barato, moda de precios moderados y el automóvil.

(...) La ausencia de riqueza ostentosa, por no hablar de lujo ostentoso, de la clase dominante, junto con la escasez siempre recurrente y una oferta de consumo muy reducida, el puritanismo sexual, los largos periodos de servicio militar, el culto al trabajo duro (cultos a la 'mecánica popular' y a los vuelos espaciales para los jóvenes) y una propaganda implacable que enfatizaba las características plebeyas y «colectivistas» del régimen en el que se suponía que todo el mundo sabía qué hacer con una caja de herramientas, una azada o una horca, todo ello promovía una atmósfera de igualdad.

Una atmósfera, un estado de ánimo, sí, pero también una realidad de igualdad incomparablemente mayor que la actual. En el 'socialismo real', los Estados-nación oprimían a las minorías étnicas -fuera de la Rusia soviética, sobre todo tras la caída de Stalin- ofreciendo, en cambio, la asimilación (las películas de formación para trabajadores sociales y funcionarios municipales húngaros de principios de los años sesenta muestran baños, cortes de pelo y comidas a la fuerza para familias nómadas romaníes, operados por la policía y personal de hospitales militares, en medio de escenas de humillación infernal y sonrisas artificiales para la cámara), sugiriendo 'unidad' y 'armonía' y el fin de conflictos culturales ancestrales.

(...) Y el cambio cultural fue espectacular. El camino desde el analfabetismo y la incapacidad de leer una carátula de reloj hasta Brecht y Bartók fue asombrosamente corto.

(...) Cuando, tras el cambio de régimen de 1989 (en el que el autor desempeñó un papel bastante público, y sobre el que retrospectivamente tiene sentimientos bastante ambivalentes), el ataque concomitante a la 'propiedad estatal' mediante la privatización a precios del mercado mundial, la liquidación de activos, (empresas compradas posteriormente por multinacionales y cerradas para minimizar la competencia y crear nuevos mercados de consumo cautivos), provocó subidas de precios inauditas, una caída en picado de los salarios reales y los niveles de vida, y un desempleo masivo. La liberalización del mercado significó que las industrias locales, hasta entonces protegidas, amortiguadas y tecnológicamente atrasadas, no pudieron resistir la intensa competencia en los mercados minoristas, lo que ha provocado el colapso del comercio local, incapaz

de resistir el dumping y técnicas similares. Se ha perdido casi la mitad de los puestos de trabajo»⁵⁷.

En otra instancia, la izquierda post-comunista no tenía fuerza para defender ese estado del bienestar heredado y, además, estuvo completamente desacreditada por las circunstancias históricas, que exigían discriminar y desvincularse de las credenciales del pasado en virtud de las democracias victoriosas, lo que llevaba a las clases medias a no defenderlo al identificarlo con el «socialismo real» y, por otro lado, a que las líneas ideológicas entre derecha e izquierda se difuminen, situando a los «nuevos contrarrevolucionarios» en ambos lados. Así pues:

«La tarea de una acción de retaguardia asistencialista recayó en cualquier fuerza política considerada ahora fuera de lugar. En los países en los que existía una discriminación oficial contra los funcionarios del aparato 'comunista' y en los que los miembros del antiguo partido en el poder tenían que permanecer unidos para protegerse y curar el orgullo herido, como en Alemania Oriental y la República Checa, esta tarea correspondía a la llamada 'izquierda poscomunista'; y en los demás, solían asumirla los partidos nacionalistas y 'cristianos' extremos.

(...) De ahí la extraña identificación en algunos países de Europa del Este de los 'comunistas' con los 'capitalistas' (...) Ahora bien, es bien sabido que la identificación de socialismo y capitalismo ha sido un cliché nazi-ambos son racialmente ajenos- pero 'las circunstancias nunca son iguales'; no podrían ser más diferentes.

(...) Esta es la razón y la forma en que la contrarrevolución neoconservadora es contrarrestada por formas de resistencia formuladas en términos de la derecha nacionalista y militarista de preguerra, a menudo entremezcladas con retórica y símbolos abiertamente fascistas y, en el caso de la antigua Unión Soviética, con un eclecticismo extremo que intenta sintetizar estalinismo y fascismo. (El Partido Comunista de la Federación Rusa, principal fuerza de oposición en Rusia, se inspira en los ideólogos chiflados de los Guardias Blancos que representaban el 'cerebro político' del estado mayor del almirante Kolchak y el barón Wrangel).

(...) Así, representando la destrucción neoconservadora (o neoliberal) como obra de los comunistas, se puede evitar la vergüenza y hacer aceptable la defensa de los acuerdos institucionales anteriores a 1989.

(...) Así que los nuevos contrarrevolucionarios pueden ser considerados tanto de izquierdas como de derechas, y los enemigos impecablemente anticomunistas de los privatizadores, monetaristas, abastecedores y globalizadores 'comunistas'. Pueden defender el Estado del bienestar creado por los bolcheviques sin ceder un ápice ante los bolcheviques que pasaron de la Internacional a la multinacional, ya que a ambos se les puede oponer la idea de etnicidad militante, algo muy distinto del nacionalismo clásico, este último construido sobre la igualdad jurídica y política

⁵⁷ *Ibid.*: pp. 286-289.

de todos los ciudadanos, independientemente de su credo y raza dentro de un Estado independiente y soberano»⁵⁸.

Más adelante, y cuando Tamás ya se consideraba como marxista, este empezó a moverse con los movimientos de la izquierda disidente de la década del 2010, en su línea anticapitalista, tomando un papel político más activo ante el avance del post-fascismo y de la ultraderecha a escala global, pues incluso participó en la lista de la Izquierda Verde para el parlamento europeo. Desde esta posición continuó ahondando en sus reflexiones sobre la crisis de la izquierda. En otra entrevista, especificaba que:

«No es de extrañar, pues, que nadie moviera un dedo en defensa del “socialismo real”. En su esfuerzo por satisfacer y apaciguar a todo el mundo y alcanzar el consenso a través del conformismo forzoso y generalizado, el régimen sucesor de la Revolución de Octubre dejó de representar a nadie excepto a los estrechos intereses y al instinto de autoconservación de sus élites burocrático-tecnocráticas. Su principal arma, el aparato de seguridad, no organizó-ni siquiera contempló- la resistencia al inminente giro liberal; al igual que la propia dirección, se centró únicamente en la supervivencia de sus principales miembros y en la adaptación al nuevo régimen. Su principal arma, el aparato de seguridad, no organizó-ni siquiera contempló- la resistencia al inminente giro liberal; al igual que la propia dirección, se centró únicamente en la supervivencia de sus principales miembros y en la adaptación al nuevo régimen.

(...) La desintegración mundial del trabajo había tomado la forma de una transición política en Europa del Este. Fue el fin irrefutable del proletariado como sujeto apolítico, incluso mitológicamente, y fue el fin de su-seguramente fraudulenta y vacua- representación. Su fin fue seguido rápidamente por el de su rival histórico: la socialdemocracia en los Estados liberales occidentales. El ascenso de China ha demostrado que esta representación puede continuar, y que el nombre de esta continuación es capitalismo»⁵⁹.

Y explicaba cómo era el tipo de izquierda a la que pertenecía:

«Este grupo es una coalición de varios grupos de izquierda, incluyendo comunistas de viejo estilo no reconstruidos, Verdes, algunas personas de la extrema izquierda minúscula, socialdemócratas, secciones del movimiento antiglobalización (también muy pequeño), pacifistas, feministas- los sospechosos habituales.

(...) No estoy seguro de que podamos resistir. Las condiciones son prohibitivas: tenemos que reunir decenas de miles de firmas de apoyo en un ambiente de miedo generalizado. Además, tengo dudas sobre algunos componentes del

⁵⁸ *Ibid.*: pp. 289-293.

⁵⁹ Szeman, Imre (2009), “The Left and Marxism in Eastern Europe: An Interview with Gáspár Miklós Tamás”, *Meditations. Journal of the Marxist Literary Group*, 24 (2), primavera: p. 20.

movimiento. Acepto ser la cara pública de estos grupos, y formalmente soy el presidente de su comité asesor, pero no hay gran actividad para ver»⁶⁰.

Tamás advertía también la confusión de llamar post-fascista exclusivamente a las formaciones de ultraderecha populista, ampliando su explicación desde las clases medias y las premisas contrarias a la inmigración (xenofobia y chauvinismo incluido), todo ello para garantizar ese ataque al estado del bienestar que ayudaría al verdadero post-fascismo a encontrar su lugar:

«Lo que tú llamas populismo de derechas, creo que erróneamente, yo lo llamo post-fascismo (...). Hay, por supuesto, importantes diferencias entre el post-fascismo y el nacionalsocialismo «clásico»-el primero no es militarista, no es “totalitario”, etc.- pero los paralelismos son también sorprendentes. El hecho de que el enemigo sea tanto el liberalismo burgués como el marxismo (que para la extrema derecha significa todas las variedades de la izquierda, desde los socialdemócratas hasta los anarcosindicalistas, un uso heredado por la prensa dominante norteamericana que tiene la costumbre de llamar “marxista” a cualquier jacquerie campesina del Himalaya si enarbola una bandera roja) es ciertamente revelador, es decir, siguen oponiéndose románticamente (y sin sinceridad) a toda forma de modernidad y sueñan despiertos con la sociedad de castas, los reinos sagrados, la superioridad del guerrero respecto a “su” mujer, la pureza racial, las propiedades purificadoras de la madre tierra y cosas por el estilo.

(...) Principalmente, los grupos que compiten son la clase media en apuros y en peligro y la clase baja más pobre o, en términos globales, el Norte en crisis y el Sur hambriento. Ningún Estado capitalista puede permitirse satisfacer a ambos. De acuerdo con el carácter fundamental de las sociedades liberales, la transformación de las sociedades liberales occidentales en fortalezas de la clase media blanca necesita legitimación.

Esta legitimación la ofrecen diversas estratagemas de la política “remoralizadora”, es decir, de la estigmatización de las poblaciones de las clases bajas, precarias, inmigrantes y otras minorías étnicas como “pobres que no lo merecen”, personas que abusan del sistema de bienestar social, reacios al trabajo, delincuentes, etc. El racismo contemporáneo y el “asistencialismo” están por todas partes. Este último está tipificado por el movimiento del *Tea Party* en Estados Unidos, donde el público y los grupos de opinión de clase media rechazan de forma contundente la ayuda a aquellos (incluidos otros subgrupos de clase media) que están fuera del sistema de prestaciones/seguros sanitarios. A éstos se les reconoce como negros o latinos, supuestamente protegidos de forma apartidista por un presidente negro. Los votantes blancos de clase obrera y clase media-baja de Ronald Reagan pueden estar de vuelta. Según Karl Kautsky-en un brillante ensayo desenterrado por la revista londinense *Historical Materialism* (fácilmente competidora del Archiv de Grünberg)- la respuesta a la famosa pregunta de Werner Sombart de por qué no hay socialismo en Estados Unidos son los negros. Esta situación se extiende ahora a todo el mundo blanco. La lucha de clases se ve frustrada por el

⁶⁰ *Ibid.*: p. 27.

conflicto étnico, claramente exacerbado por una acción política deliberada y bien dirigida: en Europa Occidental, principalmente contra los inmigrantes musulmanes; en Europa Oriental, contra los romaníes, más las etnias del Cáucaso Norte y los inmigrantes albanokosovares»⁶¹.

Y explicaba que la cuestión central de la izquierda era no caer en la trampa post-fascista. Evitar, en la medida de lo posible, esa exclusividad de la sociedad civil y el estado del bienestar que da alas al post-fascismo, y unir a la clase obrera internacionalmente ante el señalamiento de la inmigración como causa central de la ultraderecha:

«La izquierda se enfrenta en todas partes a un dilema insoluble: ¿cómo lograr una situación política en la que los obreros del cinturón de óxido mundial, los subproletarios precarios, los funcionarios de diversos tipos, los estudiantes y las minorías étnicas (incluidos los inmigrantes) sean capaces de hacer causa común y volverse contra el sistema en lugar de volverse unos contra otros? Esta receta no se ha encontrado»⁶².

Más interesante es la vinculación que se puede establecer con sus teorías entre el auge del post-fascismo, la desaparición de la URSS y el empobrecimiento de las democracias liberales, todo ello canalizado por la extensión de un neoliberalismo sin alternativa. Seguía centrandó su explicación en el fin de la clase obrera y los recortes del estado del bienestar como resortes post-fascistas, al crear una sociedad más desigual, individualista y, en general, más propensa a aceptar el lenguaje populista y la exclusión del otro. Según este, y en un texto reflexivo a treinta años de 1989:

«Los cambios tecnológicos, la atenuación de los conflictos por el bienestar de Oriente y Occidente, el aumento de los salarios reales y la expansión del empleo, los cambios en el hábitat, la salud, la higiene, las costumbres sexuales, el ocio, la industria cultural, la propiedad de la vivienda, la propiedad de acciones, el automóvil, la ausencia de clases en la cultura popular, la derrota del radicalismo de izquierdas (1968-79), la exacerbación de los conflictos raciales y el advenimiento del Islam político contribuyeron a la desaparición de la clase de la superficie-porque la clase, naturalmente, sigue existiendo, pero se ha unido a las otras características ocultas del capitalismo, escondidas en las profundidades. Su irrelevancia es política, por lo que se ha unido a otros aspectos de la sociedad burguesa definidos por la burguesía: la separación de esferas, en este caso la separación de la política de la economía se extiende ahora al proletariado, que ha perdido su identidad política»⁶³.

⁶¹ *Ibid.*: pp. 30-31.

⁶² *Ibid.*: p. 32.

⁶³ Tamás, G. M. (2011) [2010], "Marx on 1989", en Dale, Gareth (ed.), *First the Transition, Then the Crash: Eastern Europe in the 2000's*, Londres, Pluto Press: pp. 37-38.

Esto le llevaba a precisar, todavía más, en el significado histórico de la desaparición del comunismo:

«Se creó instantáneamente una nueva utopía de una sociedad sin producción industrial y agrícola, sólo con servicios y consumo, junto con tasas de desempleo sin precedentes, de modo que enormes masas de personas simplemente se jubilaron cuando aún eran jóvenes. El mito liberal según el cual la dependencia de la gente del Estado (el gobierno) disminuiría tras la desaparición del ‘socialismo’ se demostró trágicamente erróneo: la gente depende del Estado para su subsistencia de forma más pasiva y completa que nunca. Las sociedades de Europa del Este no podrían sobrevivir ni un solo día sin amplios programas de bienestar social nunca vistos en Occidente o en el Este ‘comunista’ antes de 1989. Son estos programas de bienestar social indispensables los que los partidos ‘liberal-demócratas’ de Europa del Este y los gobiernos intentaron recortar radicalmente, facilitando así el camino al post-fascismo que promete beneficios sociales para la clase media, terror para las ‘clases criminales’ étnica y sexualmente definidas (inmigrantes y gitanos), autoridad, deferencia, cohesión, atletismo, limpieza y nada de tonterías para todo gentil ‘cristiano’, joven, varón, blanco, autóctono y hetero.

Ni siquiera ha cambiado el carácter impersonal, abstracto, distante y políticamente inasible del capital. La opinión pública manipulada lo considera un complot de terratenientes y reyes ausentes al otro lado del mar, pero, por desgracia, no hay terratenientes ni reyes, solo fondos de inversión, bancos globales y servicios financieros transnacionales, que no tienen voluntad ni visión del mundo, sino que se limitan a obedecer el mandato abstracto del crecimiento, la expansión y la acumulación. La única verdadera novedad es el sistema electoral competitivo (multipartidista), junto con el mayor papel del poder judicial y de los medios de comunicación sin censura»⁶⁴.

De esta forma, el concepto de desigualdad va intrínsecamente relacionado con el de post-fascismo, ofreciendo otra argumentación más centrada, esta vez, en las respuestas al fenómeno por parte de un liberalismo hipócrita centrado en la única lógica del beneficio por encima de la identidad, de la soberanía, de la propia vida humana más allá del capital. En sus palabras:

«Tanto el partido como el mercado sólo pueden igualar a las personas como consumidores (‘seres privados’), lo que significa sostener una jerarquía que es libre de igualar o no. Se le puede obligar (y a menudo se le obliga) a seguir políticas igualitarias, pero como el Estado es neutral, no contiene ni puede contener ‘naturalmente’ el principio de igualdad y lo contradice por la fuerza, siendo lo que es. Al mismo tiempo, la desigualdad refuta las pretensiones del ‘socialismo real’ y no puede refutar las pretensiones del capitalismo de mercado.

La llamada herencia comunista en Europa del Este-y algún día en China y Vietnam-hace que nadie se contente con el silencio del mercado. La desigualdad no se da

⁶⁴ *Ibid.*: pp. 39-40.

por supuesta, y es así como la única fuerza que ofrece legitimidad a la desigualdad (el post-fascismo) puede encontrar una gran audiencia. Las respuestas liberales al post-fascismo son insatisfactorias porque afirman un tipo de desigualdad (de tipo competitivo) mientras critica otra (de tipo racial o étnico), socavando sus pretensiones igualitarias, y por tanto pareciendo-y quizás siendo- hipócrita (...) El partido ha sustituido al mercado, por lo que se ha convertido en el mercado»⁶⁵.

Finalmente, el balance de la transición a las democracias liberales que Tamás realizó fue negativo, criticando incluso su propia posición asociada al liberalismo durante su etapa parlamentaria. Rotundamente:

«Me he visto obligado a reconocer que nuestro ingenuo liberalismo entregó una democracia naciente en manos de irresponsables políticos derechistas llenos de odio, y contribuyó al restablecimiento de un mundo social provinciano, deferente y resentido, que recuerda al de antes de 1945»⁶⁶.

La consolidación de los argumentos de Tamás se materializó alrededor de la denuncia potente de todos aquellos hechos históricos que han rehabilitado a la ultraderecha en Europa y, especialmente, aquellos elementos fascistas que han resurgido bajo otras credenciales que, en el fondo, poseen la misma connotación. Pero con una clave histórica del post-fascismo: la etnicización de la política. Las democracias estarían dirigiéndose, de cabeza, hacia la «papelera de la historia»:

«A medida que la amalgama autocontradictoria de ‘nacionalismo democrático’, federalismo europeo y globalismo neoliberal se imponía en las naciones ex soviéticas, la nueva resistencia fomentada por las élites locales que representaban, por lo general, aspiraciones étnicas y de clase media subnacionales (y la identificación del ‘país’ con el grupo étnico o confesional dominante), el ‘espíritu de 1945’ (igualitarismo democrático y antifascista) se ha opuesto al de ‘1989’ (exactamente igual que el ‘espíritu de 1789’ se ha opuesto en Alemania y Austria al ‘espíritu de 1914’, incluso por personas como Max Weber y Thomas Mann). De ahí la triunfante etnicización y racialización del conflicto de clases y la desigualdad social (no sólo los victoriosos capitalistas occidentales y la burguesía compradora fueron considerados extranjeros, sino también los pobres: el pueblo romaní y, cada vez más, los inmigrantes son vistos no sólo como no merecedores, sino también como racialmente ajenos, representando a toda la clase baja) y de ahí la desinhibida rehabilitación de la herencia fascista local (...) Esto llega hasta el rechazo deliberado y vocal de la igualdad incluso como un ideal remoto, sin exceptuar los ‘derechos cívicos’. Todos los fenómenos reaccionarios-misoginia, homofobia, racismo, desprecio por los pobres, estatismo burocrático, deferencia hacia los poderosos, conformismo represivo, odio a la intelectualidad, nostalgia feudal y, sobre todo, cierre étnico-racial del horizonte cultural- campan a sus anchas.

⁶⁵ *Ibid.*: pp. 43-44.

⁶⁶ Tamás, G. M. (2013), “Palabras desde Budapest”, *New Left Review*, 80, segunda época, mayo-junio: p. 22.

Con la construcción de vallas fronterizas anti-refugiados, iniciada por el gobierno húngaro, ahora la última moda europea, la Europa del Este post-fascista es el aliado más valioso de la islamofobia occidental que ha llevado a la abyecta derrota de la 'izquierda' liberal eurocéntrica aquí y en todas partes. En particular, los herederos del Imperio del Mal-me refiero a la monarquía de los Habsburgo-, Austria, Hungría, la República Checa, Polonia, Eslovaquia, Croacia, Eslovenia ('los centroeuropeos') atraviesan un momento de movilización xenófoba y racista nunca visto desde los años treinta. Cabe señalar que, según la derecha de la región, la afluencia de estos salvajes oscuros, fundamentalistas y escondidos se debe a un exceso de Ilustración, cosmopolitismo y laicismo. En primer lugar, tenemos que defender nuestra cultura blanca, aria y cristiana de los morenos y, en segundo lugar, según Viktor Orbán, el primer ministro húngaro (en su discurso del 28 de febrero de 2016) de los liberales y de 'los lectores de Marx'. En cierto modo, tiene razón: sabe que el enemigo es el internacionalismo, pero tiene suerte porque ya no existe realmente

(...) El problema del capitalismo es que hay extranjeros y 'lectores de Marx'. El objetivo es restablecer el privilegio hereditario y mantener el mercado. El precio para ello es sacrificar incluso esas ridiculizadas libertades burguesas que se interponen en el camino del capitalismo contemporáneo hacia, de nuevo, la tiranía. Europa del Este siempre ha creído que el mal es lo extranjero. Ahora se emula con entusiasmo en todas partes en ausencia de cualquier fuerza compensatoria digna de mención»⁶⁷.

Por otro lado, el etnicismo y el retorno de la biopolítica fueron temáticas que Tamás desarrolló en extenso a través del análisis de la crisis del estado-nación (uno de los fenómenos característicos de la Historia Actual tras 1989, como producto de la globalización, y cuyo desequilibrio ha facilitado el despliegue del post-fascismo), en paralelo a la profunda crisis de la izquierda que le llevó, a contracorriente, a considerarse como marxista.

⁶⁷ Tamás, G. M. (2016), "Into the Dustbin of History", *Salvage*, mayo de 2016.

5. La crisis del estado-nación. El «etnoanarquismo» y la desaparición del nacionalismo de antaño

El segundo campo analizado por Tamás que daría como resultado su teorización del post-fascismo tuvo que ver con uno de los fenómenos más importantes de la Posguerra Fría y del mundo actual: la crisis del estado-nación, tanto en sus fundamentos filosóficos como políticos, tras 1989, auspiciada por los ritmos desequilibrados de la globalización.

La disolución del estado-nación con el inicio de la era globalizada explicaría, también, la crisis del liberalismo de antaño, lo que incluye los principios fundamentales que dieron alas a la modernidad del siglo XIX y XX y los pilares

ilustrados de las democracias. Por ejemplo, la desaparición del concepto de bien común como algo compartido por todos los ciudadanos, así como la existencia de un grupo de intelectuales que, precisamente, formaban un tejido que daba razón de ser a esa misión compartida⁶⁸. Era, en buena medida, lo que emplearon los estados durante buena parte de su construcción nacional para confeccionar una alternativa al Antiguo Régimen y crear a la ciudadanía.

Esto se ha traducido en la aparición de un nuevo fenómeno que ha sustituido al viejo nacionalismo y que, en paralelo a la crisis de la izquierda, ha sido la clave en el desarrollo del post-fascismo a lomos del neoliberalismo. Su desarrollo tuvo lugar en la Posguerra Fría, y que Tamás conceptualizó como «etnoanarquismo» o «etnarquía», sustentado en la idea de que hay gente que no pertenece a la ciudadanía, como el *lumpenproletariat*. En pocas palabras, son los precedentes del post-fascismo, y tuvo lugar en Europa del Este y Central. Tal cual:

«Ha sido explicado (y usualmente por fuentes de confianza), como el renacimiento de la tradición, la venganza de la historia, la restauración de la memoria, y una reacción al universalismo comunista. Nada podría estar más lejos de la verdad (...) tiene poco que ver con el pasado.

(...) La principal técnica de este nuevo “nacionalismo” (o *provincialismo radical*) en comparación con el viejo no es la asimilación o la conquista, sino *la limpieza étnica*.

Los nuevos “nacionalistas” no creen que nadie de un fondo cultural diferente, origen racial, o credo religioso pueda ser o deba ser asimilado, convertido en un ciudadano de una nueva comunidad política; por el contrario, en un mundo vacío de ideas sobre la autoridad política y la obligación política, esto se mantiene como algo imposible e indeseable.

La única tarea y la única elección de un extranjero en *nuestro* territorio nacional es irse o morir.

No hay nada, literalmente nada, ya sea moral o político, que pueda mantener unidos a diferentes grupos étnicos. El colapso del comunismo ha demostrado a los ojos de los nuevos guerreros étnicos o tribales que la política no existe; el burdo interés personal no está mediado por nada parecido a la ley que, de todos modos, es el recurso ridículo y transparentemente mendaz de los poderosos.

La ciudadanía no es nada; la etnia lo es todo. Solo se reconocen como tales los lazos entre humanos que parecen naturales, es decir, liberados de pretensiones racionales y morales; en otras palabras, sólo cuenta la sangre, el espíritu no»⁶⁹.

Especificaba las nuevas características y los conceptos de ese nuevo nacionalismo, diferente al anterior a 1989-1991, y que es, *de facto*, la base teórica sobre la que

⁶⁸ Tamás, G. M. (1966), “Ethnarchy and Ethno-Anarchism”, *Social Research*, 63 (1), primavera: pp. 148-152.

⁶⁹ *Ibid.*: pp. 167-168 y 171.

se desarrollará el post-fascismo. En realidad, Tamás estaba escribiendo, con gran atino, el marco conceptual sobre el cual los discursos populistas crecieron ya desde la inmediata desaparición de la URSS. Tamás escribió:

«El nuevo “nacionalismo” es anarquista, indiferente a la *raison d'état*, destroza las formas históricas de los países tradicionales con la mayor facilidad e indiferencia. No busca la grandeza ni la gloria, sólo la seguridad de personas que se presentan como idénticas, reunidas en una cabaña subpolítica, liberadas de la política, como Vladimir Ilich Lenin les prometió que harían.

Lenin les prometió que lo serían. El nuevo “nacionalismo” etnocultural combina la etnarquía con el etnoanarquismo. Etnarquía significa aquí que la fuente de todo poder no es el pueblo, sino la mayoría dominante racial o étnicamente pura dentro de cualquier territorio dado arbitrariamente que puede pertenecer o no a un estado, que puede estar o no bajo la autoridad de un gobierno legalmente constituido.

(...) Solo cuenta la identidad natural, una identidad basada en una “naturaleza” que no puede ser abordada racionalmente, que no es de- siro de tener ningún reconocimiento exterior o “superior”, que es solo lo que es biológicamente y nada más, nada más allá.

(...) Los nuevos nacionalistas no pretenden que su “etnia” sea superior a ninguna otra. Se contentan con ser ellos mismos. No quieren participar en el *agon*, en la contienda de naciones, más allá de haber establecido un territorio propio donde reine la identidad total, la igualdad total, la no-política total y mágica.

(...) Las viejas normas de la diplomacia y la guerra no se aplican, porque el objetivo no es la preeminencia, la ventaja, o el control de territorio ajeno, sino la delimitación, la distancia, la salida del mundo de la política donde, por necesidad, hay *otros*

(...) Los nuevos etnarcas no quieren ganar -por eso nadie en Occidente entiende el conflicto yugoslavo-, sino que quieren salirse, ser olvidados y estar solos. Las nuevas etnarquías no quieren ideas. No pueden ser clasificadas “de izquierdas” o “de derechas”. Están usando eclécticamente símbolos comunistas, nazis, y tradicionales así como hacen en Moscú, donde el principal periódico fascista se titula *Pravda*. Los nuevos etnarcas no tienen ninguna idea política tradicional, no saben todavía si sus hordas tendrán que vivir en servitud o en libertad, y tampoco están interesados. “¡Dejadnos ser *Nosotros!* – eso es todo.

El nuevo poder etnárquico es muy frágil y volátil, precisamente porque no hay argumentos reales para argumentar la obediencia por la autoridad. Después de todo, cualquiera dentro del grupo es *Nosotros* y puede reclamar el poder; secesiona, crea nuevas identidades étnicas ficticias si es necesario

Esta es la razón principal por la que me atrevo a llamar etnoanarquismo al nuevo nacionalismo: a estas alturas es absolutamente imposible dar una definición razonable de por qué precisamente estas personas quieren vivir juntas»⁷⁰.

Ese etnoanarquismo sería, en realidad, la destrucción de los viejos estados, como un mundo post-político característico de la era globalizada, que hunde sus raíces en la premisa amigo-enemigo de Carl Schmitt; el nazismo fue, de esta forma, uno de los precedentes históricos. En sus palabras:

«El etnoanarquismo de finales del siglo XX destruye los Estados, los hace añicos y no consigue sustituirlos con *nada*. El mero hecho de la existencia física colectiva es suficiente.

(...) Carl Schmitt ha sido por fin refutado, porque *la frontera entre amigo y enemigo ya no coincide con la línea de demarcación entre ciudadano y no ciudadano, entre lo nuestro y lo extranjero*.

Es el fin de lo político como lo conocemos (...) si declaras la guerra a los ciudadanos de tu propio sistema político-y el enemigo tiene que ser suprimido, aniquilado o neutralizado- entonces ya no puede estar claro quién es amigo y quién enemigo, ya no puedes decir quiénes son los sujetos de derecho y protegidos por la ley, la autoridad se convierte en poder discrecional, y la ley se convierte, *contadictio in adiecto*, en arbitraria.

(...) El etnoanarquismo es la nueva versión del mal (...) Según esta, lo que es nuestro por derecho no puede establecerse por criterios morales, y el derecho es solo una expresión de intereses de grupo. Esta es una creencia general en el mundo contemporáneo, incluso de aquellos que no soñarían con la violencia y la injusticia deliberada. Esa creencia es errónea desde el punto de vista filosófico, y lo es a la luz de tanto sufrimiento inútil. El sueño en el que la libertad significa el fin de la política es el sueño de un asesino»⁷¹.

Ese etnicismo estaría vinculado directamente a un capitalismo tardío que desdeña los estados-nación y el nacionalismo (entendido como el precio de admisión a la sociedad civil), sustituyéndolo por el sustrato que daría alas al post-fascismo en todo el mundo. Mucho más tarde, ya en la oleada extremista acaecida entre 2008 y 2016, Tamás amplió su cuerpo teórico trabajando conjuntamente ese concepto de etnia relacionado con la desintegración de los estados-nación, la crisis de la sociedad civil y la extensión de la consideración del otro como no-humano, pero advirtiendo también que uno de los mayores errores de la izquierda ha sido con el de confundir nacionalismo con etnicismo: el multiculturalismo sería uno de los objetos de la crítica de Tamás. En sus palabras:

«Así que los etnicistas pueden, si es necesario, cooperar con fuerzas políticas divergentes y, de hecho, formar parte de diversos grupos políticos, contagiándoles

⁷⁰ *Ibid.*: pp. 172-173.

⁷¹ *Ibid.*: p. 181 y pp. 182-184.

su apoliticismo y su atracción «sin valores» por el poder, especialmente el poder militar y policial. Pero tienden a estar más cerca de las actitudes antiburguesas de derechas.

El anticapitalismo '*völkisch*' no es nada nuevo: se supone que el capitalismo diluye la identidad y la unión étnica y racial. El nacionalismo de izquierdas (no etnicismo) de Syriza es claramente anticuado (están a favor de la emancipación de las minorías étnicas discriminadas en Grecia, al tiempo que se resisten al *Diktat* de las grandes potencias desde el extranjero). Aun así, los posfascistas y neofascistas europeos saludan a Tsipras con gran entusiasmo. (Y lo estaban haciendo incluso antes de la coalición de Syriza con el derechista Partido Griego Independiente). Lo hacen porque sospechan que el capitalismo liberal es antiétnico y universalista, según la teoría de Mussolini sobre las 'naciones proletarias' y las 'naciones burguesas' y, en Europa del Este, según la idea nazi de las 'viejas naciones' y las 'jóvenes naciones'. Tras apropiarse de la idea *tiers-mondiste* de la 'hegemonía' estadounidense (y, en Europa del Este, de Europa Occidental), la nueva derecha etnicista y racista europea se remonta a las teorías protonazis que oponen cultura y civilización, *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*.

(...) Pero no solo la extrema derecha es etnicista hoy en Europa. El 'multiculturalismo' europeo, a diferencia de (o más que) su hermana mayor norteamericana, es más bien etnicista al defender e incluso glorificar a cualquier minoría sometida a persecución o discriminación sin tener en cuenta aspectos sustantivos de su política (...) La aprobación o el respeto de opiniones mutuamente excluyentes sólo porque las sostienen seres humanos que, por el hecho de existir, son miembros de comunidades consideradas naturales, es etnicista. Es apolítico y amoral. Pero éste es, por supuesto, el problema menor. La afirmación de un ser social irreflexivo e inefable en absoluta oposición irracional a todos los seres sociales similares imaginados como consecuencias de la herencia genética y cultural sin la intervención del autoexamen conducirá sin problemas a la tiranía, ya que la conciencia crítica no es percibida por el etnicismo como algo malo, sino como algo absurdo e imposible.

(...) El etnicismo, como debería ser obvio a estas alturas, es el resultado de la disolución del capitalismo tardío sin el beneficio de una alternativa»⁷².

Y remataba la cuestión de la siguiente manera:

«Junto a la crisis económica, ecológica y demográfica del capitalismo tardío hay una crisis del Estado burgués, ejemplificada-de forma alarmante- por el desastre de la inmigración y los refugiados en Europa, utilizado sin piedad por la derecha, donde ya no es posible diferenciar a los conservadores de la extrema derecha. Las hostilidades étnicas, olvidadas desde hace mucho tiempo, vuelven a estallar bajo su influencia. Es característico de la situación posnacional que lo que queda del liberalismo europeo y de la «izquierda» europea se refugie en el incierto marco

⁷² Tamás, G. M. (2015), "Ethnicism after Nationalism: The Roots of the New European Right", *Social Register*, 52: pp. 130-131.

institucional de la Unión Europea (también incapaz de solidaridad: véase Grecia) porque ni siquiera puede soñar con detener el etnicismo que está tomando el continente por asalto, reforzando la supremacía indiscutible de una fuerza reaccionaria represiva que se alía abierta y exclusivamente con las etnias blancas dominantes de cada Estado, rechazando deliberadamente, sin frase, los últimos vestigios de ciudadanía republicana o, para el caso, de humanidad elemental. Al declarar el fin de la creencia de que los miembros étnicamente ajenos de la comunidad política (nación cívica) son capaces de compartir el interés público o incluso capaces de entender el bien común que se redefine en términos de identidad cultural y tradición («valores»), los cimientos de los Estados-nación burgueses se están desmoronando. La derecha se ha desplazado: puede seguir diciendo que representa a «la nación», pero en realidad no lo hace.

(...) La vieja derecha representaba el orden, la disciplina, la obediencia, el honor y la deferencia. El etnicismo es el caos. Puede que se utilice con fines de dominación tiránica-la extrema derecha europea lo está haciendo en estos momentos-, pero como es apolítico, también es destructivo. En ausencia de una alternativa emancipadora al capitalismo decadente, podría ser una obertura al colapso y a la contrarrevolución global»⁷³.

Todo esto llevó a Tamás a reflexionar, también, sobre la inocencia del poder y del sistema democrático, llegando a la conclusión (tras todas las experiencias vividas y las demás reflexiones filosóficas sobre las democracias europeas), que no debe ser considerada inocente, proyectando un escenario pesimista para una posible alternativa al distinguir entre democracia y el Estado de Derecho. Como tal:

«La ‘democracia’ como tal, por tanto, no debería considerarse inocente; tal vez no lo sea, porque plantea la cuestión del poder aunque la responda con la réplica política de la tautología: aquellos que ejercen el poder son aquellos sobre los que se ejerce el poder. La voluntad general significa que por necesidad la comunidad política se gobierna a sí misma y, por tanto, quienes no gobiernan no son, por tanto, miembros de la comunidad. Ciudadanía significa poder, y viceversa. Esto no significa que no haya poder en la democracia, al contrario. (Desde el punto de vista filosófico, la situación en la que no hay poder se denomina comunismo). En la verdadera democracia, el poder pertenece a la comunidad política de ciudadanos iguales que, como tales-en forma de voluntad general-, están visitando el poder a ciudadanos individuales cuya oposición queda neutralizada por su pertenencia continuada a la comunidad que les devuelve en forma de motivación política (patriotismo). De este modo, no se oponen a un grupo de personas poderosas dentro de su propio grupo cívico, sino a personas de fuera, de otras ‘comunidades’ (...)

El otro candidato es, por supuesto, el ‘Estado de Derecho’. El ‘Estado de Derecho’ no consigue lo que la “democracia” pretende crear: la desaparición del poder dentro de una nación de iguales, ya que el ‘Estado de Derecho’ no está obligado a estipular la homogeneidad, la voluntad general y la impotencia de los grupos

⁷³ *Ibid.*: p. 133.

parroquiales de cualquier tipo (grupos de *Abschluss*, separación). Puede conciliarse con desigualdades muy acusadas, incluso de carácter político; puede no conceder-como de hecho no lo hizo en el pasado- derechos políticos a la mayoría. Puede incluso reinar en una sociedad esclavista (...) Opera, sin embargo, un cambio radical en la 'persona' del gobernante; cuando pregunta quién gobierna bajo el 'imperio de la ley', la respuesta ulisseana que recibe es: 'nadie'. El que gobierna no es una persona.

(...) El *Parti imaginaire* ha comprendido bien que la respuesta tanto a la homogeneidad democrática como al gobierno impersonal cada vez más abstracto (cuyos vínculos con la realidad política de cualquier toma de decisiones cívica o comunal y esfuerzo hermenéutico mutuo se cortan) es la guerra civil, una revolución permanente de baja intensidad. La guerra civil es, por definición, conceptual. El poder dual del capital y la ley-como demuestra el abismal fracaso de todas las versiones del socialismo tradicional- no puede ser roto por una suposición rival de poder que podría ocupar el Estado y ejercer la coerción (¡y cómo!) pero dejar indemne la estructura central, que es totalmente abstracta (no oculta).

(...) Nos enfrentamos a la disyuntiva de hacer inocente el contrapoder o renunciar por completo al poder. Ninguna de las dos opciones parece satisfactoria. La justificación moral del contrapoder, es decir, imitar la práctica conceptual de la legitimación, es ineficaz y contraproducente. Celebrar la acción pura carece de fuerza conceptual, por lo que está condenada por la propia naturaleza del capitalismo tardío. Crear ruinas-en el arte y la política- podría ser una mera réplica o simulacro del trabajo creativamente destructivo del capitalismo. Hay mucho odio por ahí, pero ¿hasta qué punto puede ser útil odiar las estructuras cognitivas y conceptuales? La guerra civil debería ser socrática si se quiere ganar. Las formas políticas supremas de la burguesía y el proletariado son destruidas. El capital y el derecho aparecen en su máxima pureza. Si la resistencia se reduce atávicamente a una nueva religión en el sentido de una recreación revolucionaria o contrarrevolucionaria de la fe en una legitimidad irreflexiva y hermenéuticamente ingenua, será cooptada. La fuerza conceptual de los rebeldes debe ser igual a la del poder inocente, perversamente defendido por hombres y mujeres deseosos de libertad»⁷⁴.

En otras circunstancias, y tras la epidemia mundial del Covid-19, Tamás fue de los primeros en denunciar la imposición del Estado del Derecho como pretexto para podar, todavía más, las libertades democráticas siguiendo el ejemplo de Hungría: un autoritarismo que crece al amparo de una gran religión de la desigualdad y, como denunciaba, de un enorme vacío generado en torno a la inexistencia de una sociedad civil en condiciones; el campo perfecto para la proliferación del posfascismo⁷⁵.

⁷⁴ *Op cit.* (2011): pp. 10-12.

⁷⁵ Tamás, G. M. (2020), "The Nationality of a Virus", Kunsthalle Wien, abril.

6. Conclusiones: ¿el fin del bien común?

Así pues, Tamás se erige como una voz filosófica que denunció, alto y claro, los excesos antidemocráticos que han dado alas a la ultraderecha en todo el mundo, así como la construcción de un marco conceptual esencial para descubrir la continuidad entre el fascismo y la ultraderecha del siglo XXI, pero también la normalización de lo ultra como un fenómeno afable para todas las formaciones políticas. Un cuerpo teórico que, si bien no nació con la premisa de ser una doctrina, sí que ha sido realmente extenso, como parte de una compilación de textos escritos a lo largo de treinta años de marcado carácter *generacional*. En resumidas cuentas, como un trabajo que abarca una crítica realmente profunda a las democracias liberales actuales en múltiples niveles, y cuya perspectiva historiográfica es innegable para aproximarse al desencanto que padecieron los países comunistas con la llegada de la democracia.

Como tal, el posfascismo es un concepto interesante y útil para comprender que la crisis de la democracia liberal posee sus raíces inmediatas en el fin de la Guerra Fría (1989-1991), como un resultado directo de la era globalizada y, paradójicamente, de la mayor extensión de la democracia y el capitalismo en la historia. Pero, sobre todo, para entender mejor las múltiples maneras en que se han normalizado postulados completamente descabellados y antidemocráticos, elevando al posfascismo a una especie de reacción *light*, permeable en todos los parlamentos y sociedades. Así pues, de sus textos pueden extraerse varias lecciones históricas para la historia del mundo actual hasta el 2025. Serían las siguientes.

Uno de los puntos esenciales del mundo actual es la profunda crisis de estado-nación liberal fundamentado en los valores de 1789, acompañada por cambios sustanciales en los sujetos históricos que lo conforman.

- a) Desaparición del nacionalismo clásico: especialmente, vinculado a las élites que lideran, adoptando un perfil más financiero y económico, en una época globalizada de libre circulación de capitales y de mano de obra. Este aspecto ya fue detectado con claridad durante los años noventa como elemento indispensable de la globalización. En palabras de Christopher Lasch en su obra *La Rebelión de las élites*, «la principal amenaza es la élite»⁷⁶.

Concretamente, su desnacionalización, más financiera que política, la ha separado de los servicios públicos y de la pertenencia a una cultura común, de un proyecto político de largo plazo sustituido por la supremacía del rendimiento y la «economía canalla» en detrimento del estado del bienestar y los servicios públicos⁷⁷. Esa burguesía donde el nacionalismo ejercía de pegamento entre clases ya no existe, lo que ha habilitado, como describe Tamás, un nuevo «etnonacionalismo» que da alas a las premisas antidemocráticas, a una élite desconectada de la vida diaria mientras las empresas se desnacionalizan y deslocalizan. Esto quedó confirmado en el periodo comprendido entre 2008 y 2019, entre la defensa de la austeridad y la salvación del euro a cualquier precio y la ruptura social que supuso el Covid-19. La Guerra de Ucrania vino a confirmar, en 2022, la falta de contacto con la ciudadanía europea al encarrilar los países a la guerra.

- b) La clase obrera ya no es un sujeto político. Afectada por la globalización y la pérdida de identidad obrera (la desaparición de las fábricas sustituidas por el sector servicios afectó a esos tejidos que daban identidad y sentido a las luchas de los partidos socialistas, adaptados ya al neoliberalismo), y que

⁷⁶ Lasch, Christopher (1996) [1995] : p. 31. Crouch, Colin (2004).

⁷⁷ Napoleoni, Loretta (2008).

tiene su efecto en el objetivo esencial del post-fascismo: las minorías, que vuelven a ser un tema esencial para analizar la crisis de las democracias.

Los textos de Tamás ayudan a comprender que el miedo a la inmigración ha sido resultado, también, de la desaparición de la clase obrera como sujeto político y la centralidad de las clases medias, favoreciendo el caldo de cultivo del que brota la ultraderecha. Sumado, claro está, al populismo que arrastra a los trabajadores a situarse en actitudes posfascistas como resultado de la crisis de Occidente como modelo cívico. Pero también han sido las propias democracias y líderes que, sin pertenecer a la ultraderecha, han adoptado el posfascismo. Sin ir más lejos, la propia UE ya ha aceptado la normalización de centros de deportación (la palabra empleada es «repatriación») de migrantes en otros países (centros de retorno o «instalaciones en países no pertenecientes a la UE»), lo que es, *de facto*, una copia de los modelos de deportación planteados por la ultraderecha⁷⁸. El inmigrante se convierte en el chivo expiatorio. Todo ello acompañado del Genocidio de Palestina, televisado y normalizado, siempre colocando a las minorías en el punto de mira.

- c) Todo esto ha repercutido, finalmente, en la crisis de la ciudadanía y, por ende, en la desaparición del concepto de bien común y de lo que significa una sociedad civil saludable.

El concepto mismo de ciudadanía ha perdido su sentido en un mundo globalizado sin el nacionalismo de antaño. En el presente, todos somos consumidores, pero no ciudadanos de pleno derecho; la meritocracia ya no funciona y la gente se harta ante un presente de frustración y hartazgo generado por la desigualdad social del propio capitalismo, amplificada por la apatía ante la política. La ciudadanía está en crisis y con ella los valores de las sociedades democráticas, alzando muros y abrazando unas ideas y dinámicas xenofóbicas, de miedo al diferente, en una época de disolución de los fundamentos democráticos. Con Tamás queda reflejada, precisamente, la paulatina desaparición de la democracia que padece el siglo XXI, un fenómeno arraigado en los resultados de la Guerra Fría: el fin de una alternativa real al sistema capitalista; un sistema globalizado neoliberal que convierte a la ciudadanía en consumidores; de nuevo, la desaparición del estado-nación contemporáneo; y, con esta, la disolución de los valores igualitarios y respeto a las minorías que daban vida a las democracias liberales. Todo ello explicaría, profundamente, el establecimiento y triunfo de líderes populistas y autoritarios frente a un enemigo designado por estos que hay que destruir, una de las persistencias históricas del legado fascista en nuestro presente que camina en un *pathos* hacia el cierre de fronteras.

⁷⁸ Planas, Carles (2024), “Von der Leyen propone copiar a Meloni y crear centros de inmigrantes fuera de la Unión Europea”, *El Periódico*, 15 de octubre. También véase “Procesos de repatriación: el nuevo enfoque de la UE para el retorno de migrantes”, *Dirección General de Comunicación. Parlamento Europeo*, 25 de marzo de 2025.

Tamás descubre al lector, de esta forma, que el posfascismo se ha normalizado más allá, como una mancha de aceite que supera los límites horizontales derecha-izquierda, así como los verticales clase obrera-burguesía, gracias a un sistema capitalista desbocado bajo la patente de curso del neoliberalismo, sin contrincante serio, y una democracia en crisis en una era globalizada sin planes de futuro, sin utopías, en un presente infinito caracterizado por la sociedad del espectáculo. De esta forma, gracias a Tamás se aprecia que para ser posfascista (o para caer en el tablero de juego preferido de los partidos de ultraderecha) no hace falta ser ni facha ni tradicionalista; cualquiera puede caer en sus dinámicas y en su discurso. Este escudo posfascista es, también, una de las claves de la ultraderecha actual: su presentación bajo un formato amable, de consumo, claramente diferenciado estéticamente de las formaciones del pasado.

Como soluciones, una de las claves sería el reforzamiento de la sociedad civil y, por tanto, una reformulación del concepto de ciudadanía que respete a las minorías (tal y como deben hacer las democracias liberales). Partiendo, siempre, de que todavía existe una sociedad civil que merezca ser preservada. Para el teórico húngaro, la compasión inspirada en Rousseau es el antídoto para contrarrestar el odio. Una compasión necesaria para conectarse con los demás como remedio ante un sistema neoliberal que individualiza hasta el extremo al ciudadano. En el caso de la inmigración, la escritora marxista albana Lea Ypi planteaba, ya para los casos de migrantes albanos que salieron del país hacia Italia, el dilema de la situación en la Posguerra Fría: ¿para qué dejar salir y abogar por la apertura de fronteras si luego se erigen muros para frenar la libertad prometida?⁷⁹. El desafío ya no es el fin de la historia, sino el mismo fin de las democracias, vampirizadas por aquellos valores inversos de la Ilustración bajo el bálsamo nihilista del neoliberalismo: una mezcla entre el Antiguo Régimen y la posmodernidad.

59

Obras, entrevistas y textos citados de Gáspár Miklós Tamás

De la Reguera, Erik (2015), "Gáspar Miklós Tamás: This is post-fascism", *Arbetet*, 26 de septiembre.

Fiala, Jaroslav (2016), "The majority of Hungarians are apathetic, indifferent, and devoid of hope." An interview with Gáspár M. Tamás", *openDemocracy*, 29 de julio.

Frenyó, Anna (2023), "In memoriam Gáspár Miklós Tamás, aka TGM, the harshest oppositional voice respected even by Orbán", *Heinrich Böll Stiftung*, 6 de febrero.

Jäger, Anton (2023), "The prophet of post-fascism", *The New Statesman*, 17 de enero.

⁷⁹ Ypi, Lea (2023) [2021].

- Szeman, Imre (2009), "The Left and Marxism in Eastern Europe: An Interview with Gáspár Miklós Tamás", *Meditations. Journal of Marxist Literary Group*, 24 (2), primavera, pp. 12-33.
- Tamás, G. M. (1991) [1988], "Farewell to the Left", *East European Politics and Societies*, volume 5, (1), pp. 92-112.
- (1992), "Socialism, Capitalism, and Modernity", *Journal of Democracy*, 3 (3), julio, pp. 60-74.
- (1996), "Ethnarchy and Ethno-Anarchism", *Social Research*, 63 (1), primavera, pp. 147-190.
- (2000), "On Post-Fascism", *Boston Review*, 1 de junio.
- (2001), "What is Post-Fascism?", *openDemocracy*, 13 de septiembre.
- (2005) [1999], "The Legacy of Dissent", en Tismaneanu, Vladimir (ed.), *The Revolutions of 1989*, Routledge (Serie Rewriting Histories), pp. 177-192.
- (2006), "Telling the Truth About Class", *Social Register*, 42, pp. 228-268.
- (2008), "Counter-Revolution Against a Counter-Revolution: Easter Europe Today", *Socialist Register*, 44, pp. 284-294.
- (2011) [2010], "Marx on 1989", en Dale, Gareth (ed.), *First the Transition, then the Crash. Eastern Europe in the 2000's*, Pluto Press, pp. 21-45.
- (2011), *Innocent Power / Die unschuldige Macht*, Hatje Cantz (documenta, 13), pp. 1-23.
- (2011a), "A Postscript to 'Post-Fascism'. Preliminary Theses to a System of Fear", *Details*, 9 de septiembre – 30 de octubre, pp. 57-63.
- (2013), "Palabras desde Budapest", *New Left Review*, 80, segunda época, mayo-junio, pp. 7-30.
- (2015), "Ethnicism after Nationalism: The Roots of the New European Right", *Socialist Register*, 52, pp. 118-135.
- (2016), "Into the Dustbin of History", *Salvage*, 16 de mayo.
- (2018), "Fascism Without Fascism", en Pfeffer, Susanne (ed.), *A New Fascism?* Koenig Books, pp. 43-51.
- (2020), "The Nationality of a Virus", *Kunsthalle Wien*, abril.
- (2021), *Antitézis*, Pesti Kalligram.
- Zsurzsán, Anita (2023), "G. M. Tamás Wasn't 'Hungary's Last Marxist'", *Jacobin*, 23 de febrero.

Bibliografía

- Albanese, Mateo, *Neofascism in Europe (1945-1989). A long cultural journey*, Routledge (Routledge Studies in Fascism and the Far Right).

- Bardèche, Maurice (1961), *Qu'est-ce que le fascisme?*, Les Sept Couleurs.
- Crouch, Colin (2004), *Post-Democracy*, Polity Press.
- Cuenca, Arsenio y Caro, Jaime (2024): "Dark Shadows under the Ivory Tower: An Approach to Elon Musk's Ideology", *Journal of Illiberalism Studies*, (4) 3, pp. 161-180.
- Del Hierro, Pablo (2023), *Madrid, metrópolis (neo)fascista. Vidas secretas, rutas de escape, negocios oscuros y violencia política (1939-1982)*, Editorial Crítica.
- Díaz, José y Molina, Jerónimo (2022), *Los enemigos de España son mis enemigos. Bibliografía panhispánica de Carl Schmitt (1926-2022)*, Comares.
- Eltchaninoff, Michel (2018) [2017], *Inside the mind of Marine Le Pen*, C. Hurst & Co.
- Fisher, Mark (2016), *Realismo capitalista. ¿No hay Alternativa?*, Caja negra (Colección Futuros Próximos).
- Gallego, Ferran (2003), "La sombra del fascismo es alargada. Sobre la ambigüedad de la extrema derecha nacional-populista", *Historia Social*, 46, pp. 66-73.
- Griffin, Roger; Loh, Werner y Umland, Andreas (eds.) (2014), *Fascism past and present, West and East*, Ibidem-Verlag.
- Ignazi, Piero (1994), *Postfascisti? Dal Movimento Sociale Italiano ad Alleanza Nazionale*. III Mulino (Colección Contemporánea, 73).
- Laqueur, Walter (1997), *Fascism: Past, Present, Future*, Oxford University Press.
- Lasch, Christopher (1996) [1995], *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*, Paidós.
- Lendvai, Paul (2017), *Orbán. Europe's New Strongman*, Oxford University Press.
- Margolin, Jack (2024), *The Wagner Group. Inside Russia's Mercenary Army*, Reaktion Books.
- Marin, Grégory (2017): "Post-fascism: a mutation still underway", *Verso*, 13 de marzo.
- Napoleoni, Loretta (2008), *Rogue Economics. Capitalism's New Reality*, Allen & Unwin.
- Rodríguez, José Luis (2024), *Bajo el manto del Caudillo. Nazis, fascistas y colaboracionistas en la España franquista*, Alianza.
- Spektorowski, Alberto (2025), *Intellectual Post-fascism? The Conservative Revolution, Traditionalism and the Challenge to Liberal Democracy*, Cambridge University Press.
- Todd, Emmanuel (2024), *La derrota de Occidente*, Akal.
- Traverso, Enzo (2016), *Left-Wing Melancholia. Marxism, History, and Memory*, Nueva York, Columbia University Press (Serie New Directions in Critical Theory).
- (2018), *Las nuevas caras de la derecha*, Siglo Veintiuno.
- Veiga, Francisco et al. (2019), *Patriotas Indignados. Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols*, Alianza.

- (2023) [2021], “Posfascistas, esquizofascistas y Fake progressives. Los dilemas de la nueva ultraderecha, 1990-2020”, en *La Historia habitada. Sujetos, procesos y retos de la historia contemporánea del siglo XXI. Actas del XV congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Universidad de Córdoba, pp. 1217-1228.
- Ypi, Lea (2023) [2021], *Libre. El desafío de crecer en el fin de la historia*, Anagrama (Panorama de narrativas, 1099).